

BOLETÍN DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO NACIONAL

29-30-31 / 2011-2013



Cursus honorum en el Museo Arqueológico Nacional: el ejemplo de José Ramón Mélida (1876-1930)

Daniel Casado Rigalt

UDIMA (Universidad a Distancia de Madrid)

Resumen: José Ramón Mélida debe ser considerado como el arqueólogo español más representativo del más de medio siglo que transcurre en la etapa comprendida entre 1875 y 1930. Heredero de la tradición anticuaria precedente, supo imprimirle a la arqueología nuevos aires en sintonía con los principios positivistas y científicos, tratando de europeizar y despolitizar la ciencia española con el fin de conseguir su autonomía científica. Su labor desarrollada en el Museo Arqueológico Nacional –primero como ayudante, luego como conservador y finalmente como director– pone de relieve su contribución a la arqueología española de su época.

Palabras clave: Museo Arqueológico Nacional, José Ramón Mélida.

Abstract: José Ramón Mélida is the most important archaeologist in the period between 1875 and 1930. Being a heir of the former antiquarian tradition, he knew how to conform the old Archaeology to the Positive and Scientific Principles, trying the Spanish Archaeology to get closer to the European one, as well as to be got rid of its political bias. His works undertaken in Museo Arqueológico Nacional –first, like assistant keeper; later, like curator; and finally like director– make evident his contribution to the Spanish Archaeology of that time.

Keywords: Museo Arqueológico Nacional, José Ramón Mélida.

Introducción

Nadie mejor que José Ramón Mélida ejemplifica la trayectoria de una institución como el Museo Arqueológico Nacional. Creció y se formó como conservador de forma paralela al desarrollo institucional del Museo, fundado sólo nueve años antes de que Mélida se incorporara a su plantilla, como ayudante, en 1876. Por este motivo, ha sido la figura elegida en este artículo como referencia para evaluar la trayectoria de la institución en sus primeros cincuenta años de vida.



Fig. 1. Retrato de José Ramón Mélida en la galería de directores del Museo Arqueológico Nacional

Mélida representa el nacimiento de un nuevo historiador-arqueólogo que cumplía funciones museísticas y que dotaba a la Nación de un cuerpo preparado y profesionalizado en el último cuarto del siglo XIX: el Cuerpo Facultativo de Bibliotecarios y Archiveros. Este Cuerpo se nutrió al principio de las primeras promociones de la Escuela Superior de Diplomática y nació para albergar funcionarios seleccionados entre los más capacitados ante la necesidad de una gestión más permanente, rigurosa, intensiva y disciplinada. Suponía un cambio de mentalidad, una modificación en los hábitos de trabajo y una independencia frente al poder político.

La etapa de formación de Mélida en el Museo Arqueológico Nacional constituye la base de su especialización como conservador y arqueólogo. Analicemos el contexto y el desarrollo de los acontecimientos con el Museo Arqueológico Nacional como escenario del estudio y con José Ramón Mélida como hilo conductor (Díaz-Andreu & Mora & Cortadella, 2009: 431-433).

Primera etapa de Mélida en el Museo Arqueológico Nacional (1876-1883). El catalogador y arqueólogo de gabinete

El primer contacto de Mélida con el Museo Arqueológico Nacional se produjo el 4 de febrero de 1876, con 19 años de edad. Una vez obtenido el título de la Escuela Superior de Diplomática, donde se formó entre 1873 y 1875, las aspiraciones de Mélida se centraron en el Museo Arqueológico Nacional (Marcos Pous, 1993; Álvarez Ossorio, 1910a: 4-7; Bolaños, 1997: 222-239; Almagro & Maier, 1999). Transcurrieron siete meses entre su salida de la Escuela y su entrada en el Museo. El 4 de febrero de 1876 –con 19 años de edad– fue nombrado, a petición suya, *«aspirante sin sueldo del Museo Arqueológico Nacional»*, tras intentarlo en 1878 y 1880¹. Se le destinó a la sección primera del Museo, que comprendía las salas de Prehistoria y Edad Antigua y que por entonces dirigía su anterior maestro en la Escuela Superior de Diplomática, Juan de Dios de la Rada y Delgado. Había correspondido al primer director del Museo –Pedro Felipe Monlau i Roca (Bolaños, 1997: 227-228)– la organización en cuatro secciones: la consabida de Prehistoria y Edad Antigua; Edades Media y Moderna; Numismática y Dactilografía²; y Etnografía. Puede considerarse este nombramiento como una continuidad en la relación profesor-alumno existente entre Mélida y Rada. En sus años (1873-1875) de formación, el arqueólogo almeriense debió de intuir en Mélida un futuro profesional y unas aptitudes aprovechables para llevar a cabo labores de catalogación y clasificación en el Museo. Por eso resulta comprensible que contara con él para desempeñar esta tarea. El cargo de director del Museo era ocupado desde hacía cuatro años por Antonio García Gutiérrez (Barril, 2003-2005: 242-243)³. El día 16 de febrero de 1876, Mélida pisó por primera vez el Museo Arqueológico Nacional como nuevo miembro.

A partir del nombramiento comenzó Mélida a entrar en contacto directo con piezas arqueológicas de primera mano. El Museo Arqueológico Nacional, en sus nueve años de vida, contaba ya con colecciones suficientes como para que hubiera trabajo por hacer en sus fondos, en los que Mélida participaría de manera activa. Su precedente y guía en esta institución fue Rada y Delgado (Rada y Delgado y Malibrán, 1871: 1-82)⁴. Valedor y maestro

¹ Nombrado por la Dirección General de Instrucción Pública *«aspirante sin sueldo con destino al Museo Arqueológico Nacional»*, según un manuscrito del Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares) con signatura EC-Ca 6535 y signatura topográfica 31-49.

² Incluía piedras grabadas en hueco y camafeos. Actualmente, pertenecen al campo de la glíptica.

³ Antonio García Gutiérrez (1813-1884) destacó como poeta y autor dramático. Llegó a ingresar en la Real Academia de la Lengua en 1865, fue cónsul de España en Bayona y Génova (1868-1869) y al final de sus días ocupó la dirección del Museo Arqueológico Nacional, desde 1872 hasta su muerte el 26 de agosto de 1884. Le sucedió en este puesto Juan de Dios de la Rada y Delgado.

⁴ Evidencia los enormes esfuerzos acometidos en los primeros coletazos del Museo Arqueológico Nacional a la hora de catalogar las piezas ingresadas en el Museo: *«Objetos que se hallaban esparcidos en varias provincias de España (...) Uníase a todo lo expuesto el propósito que tenían los comisionados, de hacer de este trabajo un verdadero estudio científico, que hubiera ofrecido a V. E. las monografías de todos los objetos adquiridos (...) En nuestro deseo de corresponder dignamente a la honrosa confianza que en nosotros se había depositado, aspirábamos hasta a presentar dibujos de todos los objetos, para que la obra fuese una verdadera memoria crítica y descriptiva (...) Creíamos de tanta urgencia la redacción de la memoria (...) la realización de nuestro primer proyecto es obra todavía de muchos meses (...)»*.

en sus años de formación, hacía apenas un año que había leído su discurso de entrada en la Real Academia de la Historia con el tema *Las esculturas del Cerro de los Santos*, en 1875, en lo que sería el prelude de una agria polémica, que perjudicaría la imagen y prestigio del arqueólogo almeriense (Casado Rigalt, 2006: 153-168).

Por supuesto es ésta una temprana etapa de Mérida como «arqueólogo de gabinete», alejado todavía del concepto de «arqueología de campo» y centrado en el arreglo y catalogación⁵ de los objetos arqueológicos contenidos en el Museo Arqueológico Nacional. Mérida estuvo en calidad de «aspirante sin sueldo» desde el año 1876 al 1881, en el edificio del ex Casino de la Reina (Barril, 2003-2005: 242-244), una antigua posesión real que fue la sede provisional del Museo hasta el año 1895. Su destino fue la sección primera, donde se conservaban las antigüedades prehistóricas, egipcias, orientales, clásicas y celtibéricas. Se ocupó primeramente, en unión del aspirante Nicolás González, en confrontar todas las papeletas del catálogo, todavía inédito, con los objetos descritos en la sección y formando luego un catálogo de todos los objetos que no estaban aún clasificados. Entre las colecciones que tuvo la ocasión de catalogar estaban las de José Ignacio Miró (Chinchilla, 1993b), Tomás de Asensi (González Sánchez, 1993; Hübner, 1862: 263-266) y Juan Víctor Abargues de Sostén, viajero español que recorrió África oriental en la década de los 1880, y en cuyos viajes –sobre todo los que le llevaron hasta Egipto– debió de adquirir las piezas que posteriormente catalogó Mérida (Pérez Díe, 1993; Espasa Calpe, 1929: 175-176); y a sus manos llegaron también piezas recuperadas de Osuna entre los años 1871 y 1876⁶. Antes que Mérida, habían trabajado en esta sección con Rada y Delgado como jefe de sección: Fernando Fulgosio Carasa, José María Escudero de la Peña, Antonio Rodríguez Villa, Joaquín Salas Dóriga y Ángel de Gorostizaga. Este último habría de encontrarse con Mérida para hacerse cargo de los objetos que constituían el Museo Ultramarino en una comisión de 1884.

El arqueólogo madrileño debió de percibir la necesidad de crear modelos de investigación y, por extensión, de catalogación nada más entrar en contacto con las descontextualizadas piezas del Museo Arqueológico Nacional. Esta labor no había sido acometida hasta entonces en España y su incorporación a la plantilla del Museo Arqueológico Nacional, en calidad de «aspirante sin sueldo», le iba a brindar la ocasión de participar en esta iniciativa. Años después, en 1906, el propio Fidel Fita reconocería en su contestación al discurso de entrada en la Real Academia de la Historia *«el celo que demostró en clasificar y catalogar los numerosísimos objetos (...) que disciernen el paulatino progreso histórico de la primitiva humanidad»* (Mérida, 1906: 67). Hasta entonces, los funcionarios adscritos al Museo se habían centrado principalmente en aumentar sus fondos. Gracias a la labor

⁵ Conviene citar un manuscrito fechado en 1877 y rescatado del expediente de José Ramón Mérida en el Museo Arqueológico Nacional. Forma parte de la documentación personal de Mérida comprada el 18 de septiembre de 1987 a Mariano García Díaz. Se titula «Colección Arqueológica, XV Panoplia» y en ella aparece una relación de armas con el siguiente criterio de clasificación cronológica: Primitivas, Egipcias, Asirias y Persas, Pueblos Bárbaros, Etruscas y Griegas, Romanas. En cuanto a la tipología se subdividen en armas ofensivas y defensivas, sin más detalle. Entre líneas puede leerse «29 calcos tomados de la obra *guide des armes*». Aunque no cita el autor revela un manejo evidente de la bibliografía francesa, hecho que se convirtió en una constante a lo largo de toda la vida de Mérida. Habló desde muy joven el idioma y tuvo en la bibliografía gala su fuente favorita de conocimientos foráneos.

⁶ Documentación obtenida del Archivo General de la Administración (Alcalá de Henares). Manuscrito con el encabezamiento «Mérida. Servicios prestados en el Museo Arqueológico Nacional hasta el año 1884», signatura: EC-Ca 6535, Signatura Topográfica 31-49.

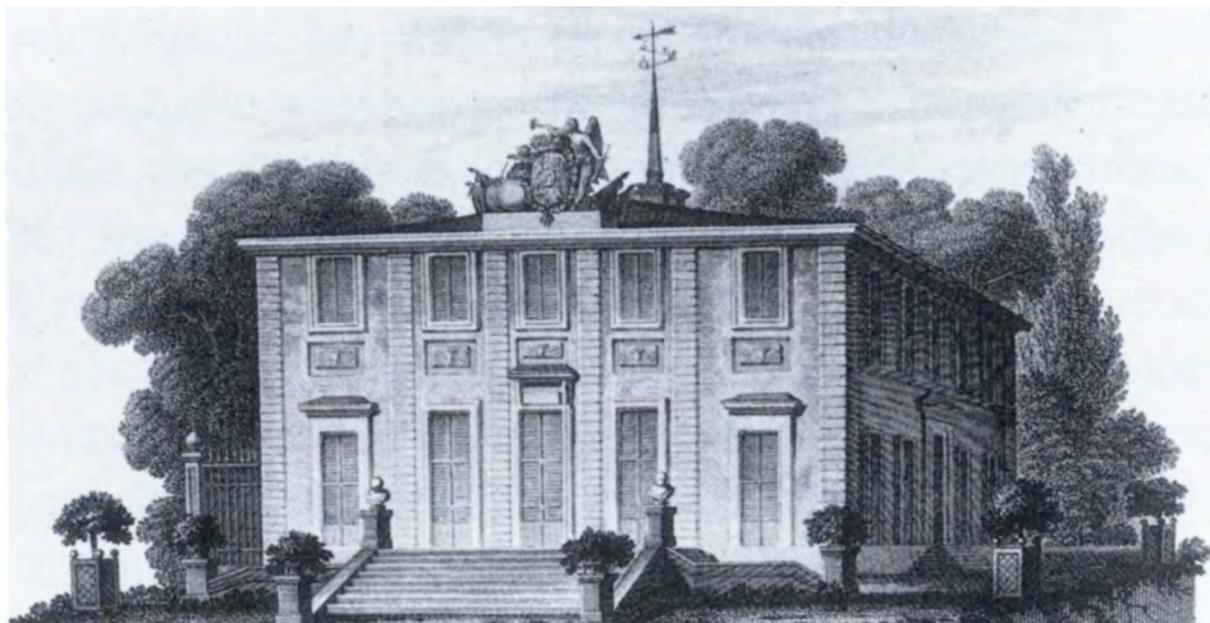


Fig. 2. Casino de la Reina, sede del Museo Arqueológico Nacional hasta 1917

de las Comisiones Provinciales de Monumentos⁷ (Marcos Pous, 1993; Martín Torres, 2002: 207-208; Tortosa y Mora, 1996: 201-203; Peiró, 1995: 48-54; Morales, 1996: 43-44; Maier Allende, 2004: 71-72, 101-107; López Trujillo, 2004: 363-367) y a las donaciones efectuadas, este centro había conseguido ampliar las exiguas colecciones fundacionales (Mena y Méndez, 2002: 194) con las que se inauguró en agosto de 1871. Con Mélida, un nuevo criterio de clasificación y catalogación se iba imponiendo al concepto «acumulativo» de guardar piezas arqueológicas. Fue, en cierto modo, un guiño a los nuevos tiempos y una proyección del espíritu positivista en la Arqueología, al tiempo que se superaba la concepción de una Arqueología con fines exclusivamente estético-artísticos. La contemplación y el afán coleccionista fueron dejando paso a la investigación y a la necesidad de ampliar métodos, en un intento de superar las limitaciones tradicionales que oprimían el desarrollo natural del conocimiento histórico: *«como es sabido, todo conocimiento racional, comienza con la clasificación y descripción de los fenómenos objeto de análisis»*. (Pasamar y Peiró, 1987: 7-20).

El positivismo proponía el empleo de la Razón, pero no una Razón ilustrada sino positiva, con impulso de la cultura científica. Es innegable que para mentalizarse en la puesta en marcha de esta nueva vía de hacer Historia y Arqueología, se produjo una previa asimilación e importación de ideas científicas y modelos académicos gestados en el resto de Europa. Una de las corrientes filosófico-culturales que mayor peso tuvo fue el historicismo que fomentaba

⁷ De inspiración francesa, creadas en 1844 y auspiciadas por la labor de tres eruditos: Antonio Gil Zárata, José de Madrazo y José Caveda. Tuvieron en las «Comisiones Científicas y Artísticas» (creadas por Reales Órdenes de 29 de julio de 1835 y 27 de mayo de 1837) su precedente; y estaban compuestas por cinco personas, en su mayoría burgueses adinerados y sacerdotes. No cobraban y tenían importantes limitaciones impuestas por el Gobernador Civil, lo que provocó la disolución de algunas y, en definitiva, el fracaso de su existencia. Entre 1865 y 1868 se reconstituyeron con éxito muchas comisiones, recuperando la ilusión perdida. Tras una dilatada existencia, dejaron de existir en 1933 con la creación de las «Juntas de Tesoro Artístico» y fueron «resucitadas» por el gobierno franquista, que no pudo evitar su práctica desaparición en los años sesenta. Oficialmente no fueron derogadas hasta la Ley de Patrimonio Histórico de 1985.

el desarrollo de una nueva conciencia histórica, una corriente de pensamiento que reconocía el supremo valor de la Historia como componente fundamental de la Naturaleza y del sujeto humano. El historicismo de Dilthey, como el positivismo de Comte, surgió para intentar reconducir a una sociedad desorientada por la herencia de los ideales revolucionarios y el imparable avance tecnológico del siglo XIX. En el último tercio del siglo XIX, la visión artístico-arqueológica winckelmanniana había entrado en crisis y el historicismo se imponía gradualmente como alternativa más válida, mientras la noción de método histórico comenzaba a conocerse. Según los principios del historicismo toda actividad artística se encuadraba dentro del proceso histórico de la época a la que pertenecía, lo que explicaba el protagonismo que adquirieron los «catálogos» y los sistemas de clasificación de piezas. En cierto modo, coincidía esta visión con el concepto de dinamismo y superación que Mérida pretendía proyectar sobre la Arqueología y el Arte. Incluso en su homenaje póstumo de 1934, se reconoció su diligencia en esta faceta: *«José Ramón Mérida concibió siempre la Arqueología como algo vivo y eterno, como lo es el Arte; no como cosa muerta, rotulada y fichada fríamente»* (Chicharro, 1934: VIII).

José Ramón Mérida ingresó como ayudante de tercer grado en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios⁸ el 21 abril de 1881 (Bolaños, 1997: 239-241). A sus veinticuatro años conseguía formar parte de la auténtica plataforma institucional en que se había convertido el citado Cuerpo, único grupo de entre los eruditos con un cierto grado de homogeneidad socio-profesional e intelectual, hasta prácticamente finales de siglo. Además contaba con la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», inspirada en la «Revue Historique» francesa, como principal órgano de expresión⁹. La mayor parte de los miembros del Cuerpo habían sido alumnos de la Escuela Superior de Diplomática, quienes una vez completados los tres cursos eran destinados a los diferentes archivos dependientes del Estado. Pertenecer a este Cuerpo suponía para Mérida un punto de inflexión en su trayectoria profesional. Desde su fundación en 1858, este Cuerpo Facultativo aglutinaba de manera oficial a los mejor dotados para servir, con sus conocimientos técnicos, al Estado. La elección de Mérida confirmaba su consagración como futuro funcionario y su inclusión en un foro formado por profesores y ex alumnos de la Escuela Superior de Diplomática.

El año 1881 fue clave para él por varios motivos. Aparte de su ingreso en el Cuerpo, desde esta fecha su antigua condición de «aspirante sin sueldo» del Museo Arqueológico Nacional fue sustituida por la de «ayudante», mediante concurso de méritos, pues el ingreso por oposición fue establecido más tarde. Fue nombrado, en unión de Rada y Delgado, para dirigir la publicación del catálogo oficial del museo, ocupándose de ordenar el original del tomo I de dicho catálogo que había de comprender la colección de antigüedades prehistóricas y los objetos arquitectónicos, escultóricos y pictóricos de la Edad Antigua. Ya había entonces un catálogo manuscrito en la sección primera. Sin embargo, se convino que había que mejorarlo y reformarlo, sobre todo en lo concerniente al criterio científico, antes de ser entregado a la imprenta. Las labores de Mérida fueron desarrolladas a partir de este momento *«en venturosa camaradería con Fernando Díez de Tejada¹⁰ y Francisco Álvarez-Ossorio»* (Castañeda, 1934: 6-7).

⁸ En 1867, al mismo tiempo que se fundó el Museo Arqueológico Nacional, se incorporó la sección de Anticuarios a la del Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios. Y en 1900 la denominación de anticuario fue sustituida por la de arqueólogo.

⁹ Esta publicación se fundó en 1871 y sufrió varios cortes en su ritmo de publicación, hasta el año 1931.

¹⁰ Se conserva en el archivo del Museo Arqueológico Nacional un expediente personal de Fernando Díez de Tejada, que incluye su hoja de servicios.

A su recaudo quedaban tanto los trabajos de inventario y catalogación de los objetos, como el mantenimiento y buen orden de las instalaciones, con las responsabilidades que estas tareas acarreaban. Para desempeñar esta labor redactó Mélida 524 papeletas¹¹, correspondientes a 1.091 objetos, muchas de las cuales figuraban íntegras en pequeñas monografías que podían examinarse en el tomo I del *Catálogo del Museo Arqueológico Nacional*, impreso en 1883. El citado catálogo correspondiente a 1883 apareció firmado por Rada y Delgado. Sin embargo, era en gran medida fruto de las horas de trabajo de Mélida en la sección primera del Museo, como se deduce de las palabras del entonces director Antonio García Gutiérrez: «entendiendo que este manuscrito necesitaba de grandes reformas atendiendo al criterio científico antes de darlo a la imprenta, procedió a redactarlo de nuevo». Se entiende que fue Mélida ya que era entonces la persona en la que Rada había depositado su confianza y en quien delegó habitualmente para llevar a cabo las labores encomendadas a la Sección Primera del Museo. La relación mantenida entre ambos de profesor-alumno en su anterior etapa en la Escuela Superior de Diplomática fue un importante precedente en el fortalecimiento de sus vínculos profesionales, que sin duda sirvieron de estímulo a la hora de valorar la idoneidad de Mélida en su labor museística. Puede reconocerse en este hecho una práctica habitual en la que la dirección recaía sobre el más experimentado, en este caso Rada y Delgado, pero el esfuerzo y la labor de ordenación eran acometidos por los discípulos, en este caso Mélida y Díez de Tejada.

También se ocupó Mélida de instalar los objetos y colecciones que se habían adquirido en los últimos años, promoviendo la construcción de nuevos armarios y vitrinas acomodados al fin propuesto¹². Además, gestionó la recepción de varias piezas halladas en provincias gracias a sus contactos y su pericia. Según se desprende de varios manuscritos, dibujos y fotografías¹³, Mélida fue informado del hallazgo de siete piezas (fragmentos de cadenas, arandelas y plaquitas) de oro aparecidas al excavar en los cimientos de una casa en el pueblo de Villamayor, en el concejo asturiano de Piloña a principios de 1882.

Ya en el año 1882 apareció la primera obra de catalogación de Mélida, titulada *Sobre los vasos griegos, etruscos e italo-griegos del Museo Arqueológico Nacional*, inspirada en una obra de Eduardo Hinojosa (Peset Reig, 2003; Papí Rodes, 2004b: 393) publicada en el «Museo Español de Antigüedades» en 1878, y que llevaba por título *Gran vaso policromo italo-griego de la colección que posee el Museo Arqueológico Nacional*. Según Almela Boix (Almela, 1991: 131), Mélida se inspiró en la obra de Hinojosa para iniciarse en la publicación de catálogos. En lo que respecta exclusivamente a los vasos griegos contenidos en el Museo Arqueológico Nacional, existía un catálogo de 1871, publicado por Pedro de Madrazo en «Museo Español de Antigüedades». Era relativamente poco representativo en comparación con el de Mélida de 1882, porque la mayor parte de vasos griegos ingresó después de la publicación de Madrazo. Concretamente, la colección del Marqués de Salamanca (que tenía en su Museo de Vista Alegre, Madrid) entró entre 1874 y 1884. En *Sobre los vasos griegos, etruscos e italo-griegos del Museo Arqueológico Nacional* (Mélida, 1882: 44-47), se hacía referencia a una colección de 21 *lékythos* atenienses de fondo blanco, obtenidos por Rada y Delgado en su viaje por Oriente. Fueron su mejor adquisición.

¹¹ Su compañero Fernando Díez de Tejada redactó papeletas descriptivas correspondientes a 3.225 objetos.

¹² Documentación obtenida del Archivo General de la Administración Civil del Estado (Alcalá de Henares), signatura: EC-Ca 6535; signatura topográfica: 31-49.

¹³ Conservados en el archivo del Museo Arqueológico Nacional, dentro del expediente número 2001/101/2, 2001/101/3 y 2001/101/4. Se trata de una documentación aislada y esporádica que no aporta más datos que los aquí reflejados.

Mélida sentía la necesidad de aportar nuevos estudios y conocimientos en un campo tan poco estudiado en España como el de la cerámica griega y atendiendo a esta deficiencia, publicó este primer catálogo, de 48 páginas, que sería ampliado y mejorado por Álvarez-Ossorio en 1910 (Álvarez-Ossorio, 1910b). Trataba de marcar una nueva línea de estudio y de aplicar nuevos métodos acordes con las investigaciones gestadas en Europa para lo cual hubo de referenciar su obra en publicaciones extranjeras.

Las citas de obras foráneas revelan que José Ramón Mélida apoyó la documentación de este trabajo en una exigua relación de obras. Básicamente se nutrió de ceramógrafos franceses, entre los que hizo constante referencia a las siguientes obras: *Manuel d'archéologie grecque*, obra de Collignon publicada en París en 1881; *Les vases peints*, publicada en «Gazette des Beaux Arts» por J. de Witte en 1862; *Peintures ceramiques de la Grece propre*, publicada en París por Dumont en 1884; *Histoire de la céramique*, publicada en 1867 por Jaquemart; *De la poterie antique*, publicada en «Annali dell'Istituto di corrispondenza archeologica» por Luynes en 1832; *Cities and Cemeteries of Etruria*, por Dennis en 1878; y *Description des antiquités composant la collection de feu M. A. Raifé*, publicada en 1867 en París por Lenormant. Una vez más, mostraba sus tendencias francófilas y su vinculación con la corriente positivista francesa para dejar casi al margen a los grandes ceramógrafos alemanes de entonces. Así, no empleó como catálogos de consulta o referencia obras tan básicas como los tres volúmenes de *Griechische Vasengemälde*, que Karl August Böttiger publicó entre 1797 y 1800 en Weimar-Magdeburgo. El mismo silencio recayó sobre obras de Eduard Gerhard –director del «Istituto di Corrispondenza Archeologica», auténtico fundador de la ceramología etrusca en 1829 y miembro del grupo conocido como «hiperbóreos romanos»– (Gran Aymerich, 2001: 68-72) como *Rapporto intorno i vasi Volcenti*, de 1831; *Auserlesene griechische Vasenbilder* (1839-1858) o *Etruskische Spiegel* (1839-1865). Y es que Mélida contaba con unos conocimientos poco sólidos, ciertamente inmaduros cuando publicó este catálogo. Tenía sólo veintiséis años, no dominaba la lengua alemana¹⁴ y apenas contaba con dos precedentes españoles sobre catalogación: el ya referido de Hinojosa y el artículo titulado *Vasos griegos del Museo Arqueológico Nacional*, publicado por Pedro de Madrazo en el volumen primero del «Museo Español de Antigüedades» correspondiente a 1871. A estos hechos hay que sumar su natural inclinación a nutrirse de bibliografía francesa, en detrimento de la alemana o la inglesa. De la escuela ceramológica inglesa ignoró el *Catalogue of the Greek Vases in the Ashmolean Museum*, publicado en 1893 por Ernst Arthur Gardner (Gran Aymerich, 2001: 361) en Oxford; o la *History of Ancient Pottery: Egyptian, Asirian, Greek, Etruscan and Roman*, publicada por Samuel Birch en Londres en 1858. Cabe señalar que en 1885, tres años después de publicar Mélida el catálogo, apareció una obra básica de referencia en el campo de la ceramología: *Katalog der Vasensammlung im berliner Antiquarium*, publicada en Berlín por Adolf Fürtwangler. Resultaría una gran ayuda disponer del libro de registros de la biblioteca del Museo Arqueológico Nacional para comprobar cuáles fueron los catálogos que incorporó la institución desde su fundación y que Mélida pudo consultar. Sin embargo, cabe lamentar que la documentación referida arranca en 1893, veintidós años después de ser inaugurado el centro¹⁵.

¹⁴ Era excepcional encontrar entonces estudiosos españoles que hablaran el alemán. El francés era la segunda lengua, tras el castellano, y el inglés, la tercera.

¹⁵ La responsable de la biblioteca del Museo Arqueológico Nacional hasta 2007, Isabel Núñez Berdayes, abordó la tarea de recuperar toda la información relativa a la entrada de libros y documentos desde la creación del Museo en 1871. Parte de la documentación contenida en la Biblioteca Nacional fue incorporada al Museo, junto con los objetos y libros que existían en la disuelta Academia del Príncipe Alfonso. Sin embargo, la documentación sobre los traslados e ingresos se encuentra muy dispersa y precisa de una recomposición que unifique criterios.

Al igual que Hinojosa, utilizó el dibujo de cerámicas, dada la escasa generalización de la fotografía por entonces, para ilustrar el texto.

Durante estos años la elección y creación de los distintos sistemas de catalogación estaban reservados a arqueólogos franceses, alemanes e ingleses, hecho que explica el autodidactismo al que se vio forzado Mélida. Ante la ausencia casi total de publicaciones españolas en materia de catalogación ceramográfica, tuvo que aplicarse en la lectura, revisión y puesta al día de catálogos confeccionados por otros colegas foráneos. Además, en sus años de formación en la Escuela Superior de Diplomática no tuvo la oportunidad de clasificar y catalogar materiales ya que las asignaturas concebían el estudio de los contenidos en un plano absolutamente teórico.

Desde el punto de vista de la catalogación Mélida se inspiró en el sistema utilizado por el arqueólogo belga Barón de Witte¹⁶, «cuya exactitud quedará acreditada con decir que es el que en el día aceptan y emplean todos los ceramógrafos» (Mélida, 1882: 13). Como único precedente bibliográfico de su catálogo, Mélida pudo contar con el trabajo de Hübner (Hübner, 1862), en el cual mencionaba los principales vasos de la Biblioteca Nacional, que posteriormente constituirían las colecciones fundacionales del Museo Arqueológico Nacional. De la calidad del catálogo confeccionado por Mélida se hizo eco el alemán Emil Hübner: «de Don José Ramón Mélida, joven empleado del Museo Arqueológico Nacional, hay dos publicaciones, doctas y útiles, sobre los vasos griegos, etruscos e italo-griegos del Museo Arqueológico Nacional, 1882 (...) y sobre las esculturas de barro cocido, griegas, etruscas y romanas del mismo Museo, 1884» (Hübner, 1888: 261). En cierto modo, esta publicación de Mélida revelaba una valoración, hasta entonces ignorada, de la cerámica como «elemento cotidiano y cultural» capaz de aportar datos interesantes sobre una civilización determinada, frente a los estudios de anticuarismo en los que el interés se centraba en aspectos artísticos y monumentales. Hübner había conocido a Mélida en uno de sus frecuentes viajes a Madrid y fue quien le propuso para individuo correspondiente del Instituto Arqueológico de Berlín y de Roma. En esta línea fueron fundamentales las investigaciones emprendidas por el arqueólogo sueco Oscar Montelius y el británico William Flinders Petrie, así como sus deducciones obtenidas de las secuencias cronológicas aplicadas a las producciones cerámicas. Mélida es deudor, en cierto sentido, de esta nueva línea de investigación marcada por sus contemporáneos Montelius y Petrie si bien, en el catálogo suyo de 1882, todavía se detectaba una preponderancia del análisis formal de las piezas.

El reclamo de la importancia de la cerámica era una prueba más del reflejo del positivismo y su incorporación al mundo de la Arqueología. Como pensamiento afirmativo y organizador, la corriente positivista proyectaba sus planteamientos racionalistas en los catálogos que trataban de ordenar las colecciones para su estudio e interpretación como documentos históricos reveladores de información arqueológico-histórica. La unificación de criterios y el consenso científico de valoraciones –cronológica, artística, tipológica, etc.– tuvo en los catálogos la más exitosa fórmula de clasificar el material arqueológico y asignarle una ordenación

¹⁶ La teoría del Barón de Witte y de su colega Charles Lenormant defendía que los fragmentos de cerámica, por ser el material más abundante en las excavaciones arqueológicas, permitían en su estudio conocer mejor el desarrollo y evolución de una determinada civilización. La gran obra conjunta del Barón de Witte y Charles Lenormant fue *Elite des monuments céramographiques*, concebida entre los años 1844-1857.

según los criterios previamente establecidos. Esta óptica que pone a la Arqueología al servicio de una serie de principios científicos requiere de un largo trayecto de observaciones rigurosas y estudios pacientes. Un contemporáneo de Mérida, el francés Jules Martha, llegó a comparar la Arqueología con las ciencias físicas y naturales. Y en una lección pronunciada el 5 de diciembre de 1879 en la apertura del curso de antigüedades griegas y latinas de la Facultad de Letras de Montpellier, se expresó en estos términos: «observa los hechos; un conjunto de hechos le lleva a entrever una ley; la comparación de leyes concretas le conduce a la comparación de leyes generales, y la teoría a la que llega no es sino la conclusión matemática, por decirlo de algún modo, de las afirmaciones comprobadas».

Con los *Corpora* y los *Monumenta* (Gran Aymerich, 2001: 77-79; Blech, 2002: 88-91) como antecedentes, la publicación de catálogos sirvió de enlace científico entre países y facilitó el acceso a colecciones de museos extranjeros. Además, todos estos factores quedaron reforzados por las grandes excavaciones emprendidas en el último cuarto del siglo XIX. Éstas proporcionaron un caudal de material arqueológico de primera mano que vino acompañado por ingentes cantidades de cerámica. En un principio, la orientación artístico-esteticista de los primeros arqueólogos les llevaron a obviar un tipo de material, la cerámica, que aparecía pobre a los ojos de aquellos arqueólogos cuya única aspiración era la de emparentar las piezas con su vertiente artística. Con Petrie, la cerámica cobraba una importancia que trascendía el ámbito formal y pasaba a articular la documentación esencial de las sociedades del pasado, por ser éste un material de uso cotidiano y revelador de mucha información útil para la Arqueología. Antes de Petrie, los alemanes Eduard Gerhard (Marchand, 1996: 41-109) y Otto Jahn (Marchand, 1996: 41-60) habían establecido los criterios necesarios para el estudio de la cerámica a mediados del XIX. Incluso, un discípulo de Gerhard, el austríaco Alexander Conze, bautizaría a la cerámica como auténticos «fósiles directores» cronológicos. Sirva como dato que mientras los trabajos anteriores a 1870 presentaban una clasificación establecida sobre el análisis de imágenes y su distribución según los temas mitológicos, los catálogos elaborados a partir de esa fecha se basaron en el examen de los procedimientos de fabricación de las vasijas en función del estudio de sus formas y ornamentos.

Es evidente, a tenor de la bibliografía manejada, la vinculación de Mérida a los estudios cerámicos a través de la corriente positivista francesa, así como su predisposición y receptividad ante los avances y aportaciones gestadas entre sus colegas galos.

Segunda etapa de Mérida en el Museo Arqueológico Nacional (1884-1901). El conservador, ceramógrafo y museólogo

Fue 1884 un año repleto de progresos en la carrera arqueológica de Mérida –que tenía entonces 28 años– tanto a nivel nacional como internacional. En el ámbito nacional, dos hechos decisivos apuntalaron su ascenso profesional. Por una parte, fue designado jefe de la sección primera del Museo Arqueológico Nacional, «en venturosa camaradería con Fernando Díez de Tejada y con Francisco Álvarez-Ossorio» (Castañeda, 1934: 6); y por otra, una Real Orden¹⁷ del 13 de octubre de 1884, le nombró ayudante de segundo grado del Cuerpo de Archiveros,

¹⁷ Documento obtenido de los fondos del Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares, con la signatura EC-Ca 6535 y la signatura topográfica 31-49. Publicado, además, en «La Gaceta de Madrid» del 19 de marzo de 1885.

Bibliotecarios y Anticuarios, con un sueldo anual de dos mil pesetas. Sin duda, dos cargos ya de cierto renombre, con los que consiguió ver reconocida su labor y el prestigio necesario para hacer valer sus aptitudes histórico-arqueológicas. En cuanto a la remuneración económica, se trataba de una modesta suma. Este hecho despertó las quejas de los facultativos conservadores, que se veían además desprotegidos corporativamente (Bolaños, 1997: 242).

Una de las tareas que forjó la faceta de conservador de Mélida fue la participación en comisiones que tenían como fin la gestión museológica. El 9 de julio de 1884, Mélida fue comisionado por Real Orden¹⁸, en unión de Juan de Dios de Rada y Delgado y Ángel de Gorostizaga, para hacerse cargo de los objetos que constituían el Museo Ultramarino. Tenían como fin repartir las piezas que juzgasen adecuadas entre establecimientos dependientes del Ministerio de Fomento, entonces dirigido por Alejandro Pidal Mon. El caso es que el 28 de agosto de 1884, Rada y Delgado escribió una carta al Ministerio de Fomento anunciando: «terminados los trabajos de la comisión que se dignó conferirme este Ministerio (...) tengo el honor de pasar a manos de V. E. copia de los inventarios de objetos que se han repartido a las facultades de Ciencias, y de Farmacia, Museo Arqueológico Nacional, Escuela de Ingenieros de Caminos, de Minas y de Montes, Instituto Agrícola de Alfonso XII, Comisión del Mapa Geológico, Museo Naval, Museo de Administración Militar (...) han recibido ya todos los objetos que les han correspondido (...) celo e inteligencia con que los señores Gorostizaga y Mélida han cooperado en ellos (...) comisión en que se creían invertir no pocos meses, haya terminado su cometido en poco más de un mes»¹⁹. Así, ingresaron en el Museo Arqueológico Nacional una colección etnográfica y numerosos objetos de las Antillas y Filipinas (Mélida, 1884b). En esta labor a trío que les fue encomendada, Mélida era el más novel del grupo. Rada había permanecido a su lado en sus años de formación (Casado, 2006: 28-37, 39-46, 75-91). Gorostizaga había estudiado en la Escuela Superior de Diplomática y en 1867 había ingresado en el Cuerpo de Archiveros, siendo destinado primero a la Biblioteca Nacional y después al Museo Arqueológico Nacional, en el que prestaría servicio hasta su jubilación en tres de las cuatro secciones. Contaban Gorostizaga y Rada con más experiencia museística que su colega Mélida, quien debió de adquirir conocimientos de catalogación y gestión museológica al lado de sus experimentados compañeros. Todavía tendría la ocasión de encontrarse con Gorostizaga tres años más tarde, en agosto de 1887, cuando la Dirección General de Instrucción Pública les encargó la tarea de estudiar los objetos expuestos en un certamen filipino (Casado, 2006: 77-78).

Ocupaba el puesto de director del Museo Arqueológico Nacional Francisco Bermúdez de Sotomayor (Barril, 2003-2005: 243) cuando Mélida se hizo cargo de la sección primera, dedicada a Prehistoria y Edad Antigua. Desde su puesto de jefe contribuyó a que el reducido local que ocupaba la sección en la planta baja del pequeño palacio del Casino de la Reina (Papí, 2004b: 390-391) junto a la Ronda de Embajadores fuese ampliado con un pabellón, lo que permitió establecer una exposición ordenada de las colecciones. Hasta tal punto fue acertado el criterio museológico aplicado por Mélida, fruto posiblemente de su provechosa visita a los museos parisinos en 1883, que la ordenación cronológica y metodológica propuesta por él para esta sección, sería respetada diez años después, cuando el Museo fue

¹⁸ Varios documentos manuscritos conservados en el Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares, con la signatura 31/06960, hacen referencia a la elección de una comisión por parte del ministro de Fomento.

¹⁹ La misiva se conserva en el Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares, con la signatura 31/06960.

trasladado a su ubicación definitiva y actual. Se ocupó, en unión de sus compañeros, de inventariar y clasificar los 3.092 objetos que comprendía la sección y que fueron debidamente expuestos en un catálogo. Las piezas referidas pertenecieron a distintas colecciones cedidas por ilustres familias españolas. Entre ellas, la colección donada por Miró, 267 piezas; colección Asensi, 463; colección Abargues²⁰, 17; colección Rodríguez, 194; y colección procedente de las excavaciones practicadas en Osuna en 1876, 110 piezas (Chapa, 1985: 110-112). De una colección procedente de Palencia se contabilizan 570 piezas, mientras que de distintas procedencias el catálogo incluía 380 objetos.

La labor recopilatoria de piezas emprendida por Mérida al frente de la sección de Prehistoria y Edad Antigua facilitó la adquisición de piezas halladas en provincias. Gracias a una documentación adquirida por el Museo Arqueológico Nacional²¹, tenemos noticia de una figurita con forma de cabeza, cedida por su amigo Celestino Brañanova, natural de Oviedo, en 1884. La pieza en cuestión, definida en su momento como fenicia, había sido localizada en una aldea próxima a la localidad asturiana de Cangas de Tineo por el militar José Colubi en 1878.

Otro de los motivos que convirtieron 1884 en un año clave en el ascenso profesional de Mérida fue la publicación de *Sobre las esculturas de barro cocido, griegas, etruscas y romanas del Museo Arqueológico Nacional* (Mérida, 1884a) que el autor dedicó a la biblioteca del Museo. La citada obra pretendía completar la serie de cerámicas artísticas antiguas que contenía el Museo Arqueológico Nacional, y que Mérida ya inició en 1882 (Mérida, 1882). Afirmaba que el Museo poseía 4.100 esculturas de barro, de las cuales el 80 por ciento procedían de un hallazgo efectuado en Calvi (*Cales* romana) en la Campania italiana. Y no dudó en asignar a los griegos toda la originalidad en este tipo de alfarería, así como en los vasos pintados, de los que tomaron sus modelos tanto etruscos como romanos.

Desde que el catálogo entró en el circuito editorial, Mérida tomó conciencia de lo esencial que era su divulgación y distribución por instituciones y organismos públicos. Buena muestra de este hecho es un borrador en el que se dirigió al Excelentísimo Señor Víctor Balaguer²², Ministro de Ultramar, exponiéndole «que siendo autor y editor de dos folletos científicos titulados “Sobre los vasos griegos, etruscos e italo-griegos” y “sobre las esculturas de barro cocido griegas, etruscas y romanas del Museo Arqueológico Nacional”, que vienen a ser complemento una de otro (...) desea que por ese ministerio del digno cargo de usted se le adquieran ejemplares de dichos folletos con destino a las bibliotecas públicas de Ultramar»²³.

²⁰ Aunque la cita no aporta más información, es de suponer que se refiere a Juan Víctor Abargues de Sostén, el distinguido viajero español que recorrió África oriental al tiempo que auxiliaba al geógrafo alemán Stecker y a los dos hermanos italianos Narety. A finales de 1882 regresó de su viaje después de casi dos años conociendo de cerca países como Egipto, Etiopía o Sudán. Tomó parte posteriormente en las sesiones del Congreso español de geografía colonial y mercantil, en el que presentó una memoria titulada *Resumen sobre los intereses comerciales de España en el mar Rojo y la necesidad de consulados y factorías para el desarrollo de nuestro comercio y como apoyo de nuestras comunicaciones con Filipinas*. Un tiempo más tarde volvió a Egipto con su familia y fue entonces cuando debió de adquirir antigüedades que figuraron en la citada colección.

²¹ Lote adquirido por el Museo Arqueológico Nacional en mayo del 2001, con el expediente 2001/101.

²² Ocupó la cartera de Ultramar entre el 10 de octubre de 1886 y el 14 de junio de 1888. Le sustituyó en el cargo Trinitario Ruiz Capdepón.

²³ Borrador encontrado entre la documentación personal de Mérida, comprada el 18 de septiembre de 1987 a Mariano García Díaz y conservada en el archivo del Museo Arqueológico Nacional. Aunque no aparece fecha, se deduce que es 1886 el año en que fue escrita, dado que Víctor Balaguer ocupó ese año la cartera ministerial de Ultramar.

No se conformaba Mélida con que su «clientela literaria» quedara reducida al público iniciado. Aspiraba a que todos leyeran sus publicaciones, y quién mejor que los ciudadanos españoles de las colonias de ultramar para engrosar la lista de lectores potenciales.

La supuesta inferioridad artística de las esculturas de barro respecto a los vasos pintados, provocaron una salida en defensa de aquellas por parte de Mélida. Defendió su importancia como documentos históricos y apeló al espíritu empírico que dominaba el panorama científico de esos años para reclamar el protagonismo de la olvidada vida cotidiana de los pueblos antiguos, representada en objetos como las pequeñas esculturas de barro del Museo Arqueológico Nacional. Describió estas figuras como de un «arte menudo, necesariamente naturalista, bonito y simpático, en contraposición del gran arte, severo, grandioso y sobrio de detalles» (Mélida, 1884a: 6).

La segunda parte de la obra abordaba la clasificación de las esculturas atendiendo a su civilización de procedencia. Primero hizo referencia a las esculturas griegas, aportadas en su totalidad por el difunto diplomático señor Asensi y el viaje científico realizado a Oriente por Rada y Delgado, quien ocupaba entonces el cargo de jefe de la sección primera del Museo Arqueológico Nacional, en la fragata *Arapiles* (Papí Rodes, 2004a: 257; Papí Rodes, 2004b: 396; Chinchilla, 1993a; Bolaños, 1997: 229-230)²⁴. Muchas fueron recogidas de la necrópolis de Cirene, ciudad en la zona este de la actual Libia fundada por los dorios en el siglo VII antes de Cristo, y entre ellas abundaban las imágenes de Cibeles y Atalanta.

El segundo grupo comprendía las esculturas etruscas, de las que el Museo Arqueológico Nacional tan sólo poseía una muestra. Se trataba de una urna cineraria de barro de planta rectangular con la tapa decorada por una estatua yacente de mujer (número 2676 del catálogo). El profesor Julius Martha²⁵ la clasificó dentro del arte etrusco-helenizado.

Esculturas italo-griegas y romanas conformaban el tercer grupo. De entre ellas cabe destacar las figuras y fragmentos que Rada y Delgado trajo de las catacumbas cristianas de Siracusa tras su viaje a bordo de la fragata *Arapiles*. De Calvi (Campania italiana) procedían nada menos que 500 de estas esculturas de ejecución descuidada, lo que demostraba que «estos objetos eran productos de pacotilla» (Mélida, 1884a: 35). La colección italo-griega la completaban cabecitas de humanos, que Rada calificó de exvotos paganos.

El cuarto grupo estaba compuesto por esculturas ibérico-romanas, que Mélida consideraba escasas por tratarse de un país cuyo suelo poseía un alto número de ellas.

A modo de balance, no dudó Mélida en alabar la escrupulosidad con que habían sido indicadas las procedencias de las esculturas en el catálogo, así como la apreciable colección que poseía el Museo. Y todo ello, decía, a pesar de que «España vive muy alejada del gran comercio de antigüedades» (Mélida, 1884a: 42). Su grado de implicación con el Museo y con

²⁴ Además, puede consultarse la signatura 31/06718 del Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares sobre la expedición de la fragata «Arapiles».

²⁵ Joseph Julius Martha (1853-1932) se había doctorado dos años antes (en 1882) en Letras pero pronto dedicó sus estudios a aspectos de la arqueología clásica. Sobresalen entre sus obras: *Catalogue des figurines en terre cuite du musée archéologique d'Athènes* (París 1880), *Quid significaverint sepulcrales Nereidum figurae* (París 1882), *Manuel d'archéologie étrusque et romaine* (París, 1884) y *L'Art étrusque* (1889).



Fig. 3. Sala de antigüedades egipcias del Museo Arqueológico Nacional en 1917.

el patrimonio museístico nacional le llevaron a denunciar el estado de necesidad en el que vivía el Arqueológico Nacional y la urgencia de acometer reformas en sus instalaciones: «Los pabellones que constituyen el Museo Arqueológico Nacional están en mal estado, y necesitan frecuentes reparaciones (...) después de haber deliberado conmigo mismo, tracé “in mente” un proyecto que no quiero dejar en el olvido, y por eso lo saco a luz y lo estampo con letras de molde sin más objeto que el de proporcionar grata distracción a algún lector amante de la Arqueología y de la Historia del Arte (...) la base del proyecto es concluir de una vez y en breve plazo el palacio de Biblioteca y Museos Nacionales, con arreglo a los planos del arquitecto Álvaro Rosell» (Mélida, 1884b). Mélida mostró sus conocimientos de conservador con las propuestas expositivas, en las que tenía en cuenta criterios de iluminación, distribución de espacios, colocación de vitrinas y prioridades de piezas: «las cuatro galerías recibirán luz por grandes ventanas corridas, abiertas a tres metros del suelo, con el fin de que por bajo corran las estanterías donde deberán exponerse los objetos pequeños, ocupando el centro los que por sus dimensiones o su índole no necesiten resguardarse con cristales» (Mélida, 1884b). Sus propuestas se revelaban como un ambicioso proyecto en el que barajó la opción de incorporar la colección de tapices y la Real Armería, sin local entonces, al espacio ocupado por el Ministerio de Fomento, en el palacio de Recoletos. El Museo podría llamarse, a propuesta de Mélida, «Museo Alfonso XII». Pero sus deseos contrastaban con la realidad, como reconoció él mismo resignado: «todo esto son ilusiones, y Dios sabe hasta cuándo lo seguirán siendo» (Mélida, 1884b). En todas estas reflexiones y propuestas de naturaleza arquitectónica debió de haberse producido una transmisión de conocimientos por parte de su hermano Arturo, familiarizado con los espacios del Paseo de Recoletos, donde aún se levanta su monumento a Colón.

Poco a poco Mélida iba involucrándose cada vez más en las actividades museológicas del Museo Arqueológico Nacional. El año 1887 comenzó con una mala noticia: el robo de

once estatuillas romanas de bronce del Museo Arqueológico Nacional. Consumado el hecho, el entonces jefe de la sección de Protohistoria y Edad Antigua del Museo puso todo su empeño en recuperar las piezas sustraídas. Para ello recurrió a «La Ilustración Española y Americana», que desde ese momento colaboró con la publicación de los grabados y las descripciones con el objeto de que la colaboración ciudadana pudiera subsanar el robo. Esta revista ilustrada ya había colaborado en la recuperación del «San Antonio» de Sevilla y el tapiz de Palacio tiempo atrás. Mélida se hacía cargo de su doble obligación, la divulgativa y la científica: «Tuve propósito de haber hecho dos trabajos referentes a los bronce robados del Museo: uno meramente descriptivo y breve para cualquier periódico diario de gran circulación y otro extenso y un poco más científico para La Ilustración. Causas ajenas a mi voluntad y a mis buenos deseos me decidieron a no escribir más que estas líneas. Pero (...) La Ilustración y yo autorizamos, desde luego, para reproducirle, como también a los periódicos extranjeros que quieran insertar una traducción de él» (Mélida, 1887: 167). Aprovechaba así la ocasión que le brindaba la revista para describir los bronce robados, explicar las generalidades de esta industria y salir al paso de lo que él consideraba errores. Acerca de la figura de bronce de Teseo decía que «alguien ha dicho que esta figura era moderna, sin embargo, puede compararse con un bronce griego del siglo IV antes de Cristo hallado en Tarento. La trajo a España Carlos III y quizás procede de Herculano» (Mélida, 1887: 167). A una figurita de niño alado, un Ceres, un Hércules y un Camilo, Mélida les asignó la misma procedencia napolitana.

Pero su faceta de conservador no se circunscribió al Museo Arqueológico Nacional. El día 1 de agosto de 1887, por orden de la Dirección General de Instrucción Pública, José Ramón Mélida fue comisionado para estudiar los objetos expuestos en el certamen filipino (Bolaños, 1997: 272-275)²⁶, que se había celebrado en Madrid. La propuesta había partido del director del Museo Arqueológico Nacional, Basilio Sebastián Castellanos de Losada (Lavín Berdonces, 1997; Lavín Berdonces, 2004; Balil Illana, 1991; Barril, 2003-2005: 244), cuya dirección en el Museo (1886-1891) coincidió con la estancia de Mélida al frente de la sección de Protohistoria y Edad Antigua. La designación de Mélida –en unión de los señores Gorostizaga y Fernando Díez de Tejada, con quienes ya había compartido tareas en el Museo– tenía por fin interrogar a los individuos de la colonia filipina para obtener noticias referentes a las costumbres de los habitantes de nuestras posesiones en el Océano Pacífico. Se trataba de una labor a caballo entre la Arqueología y la Etnografía, que valoraba la tradición oral como vía de transmisión fundamental para obtener información histórica de primera mano. Con motivo de su labor en el certamen, fue posteriormente propuesto el 19 de noviembre de 1887 por el Ministro de Fomento Carlos Navarro Rodrigo (que desempeñó el cargo de ministro de Fomento entre el 10 de octubre de 1886 y el 14 de junio de 1888) para la Cruz Simple de Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos III, libre de gastos, para presenciar el servicio extraordinario prestado en virtud de la Comisión para estudiar la Exposición de las Islas Filipinas.

Mélida encaró el final de 1887 con una nueva aspiración: conseguir una de las cinco plazas de oficial de Tercer Grado en la convocatoria anunciada por la Gaceta Oficial del 26 de diciembre. En una carta dirigida al señor director general de Instrucción Pública el 22 de

²⁶ La documentación referente a este certamen-exposición puede consultarse en el Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares, dentro de la signatura 31/6725.

enero de 1888, Mérida, en su calidad de ayudante del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, se consideraba merecedor de la plaza y «*suplica se digne darle por presentado al concurso y al efecto remita a la junta consultativa el expediente*»²⁷. Ignoro cuales fueron los criterios de elección para conceder las cinco plazas, pero parece que no se trataría de una oposición en toda regla sino de un ascenso similar a una promoción interna. Según el artículo 41 del reglamento, la posición de Mérida para merecer la plaza sería muy favorable por cumplir los requisitos del citado reglamento: «haber escrito libros y artículos sobre diversos puntos de Arqueología; haber probado inteligencia, asiduidad y celo en el desempeño de su cargo, clasificando y catalogando objetos antiguos en el Museo Arqueológico Nacional; tener adelantados los catálogos e inventarios de la Sección de que es jefe en dicho centro; haber desempeñado comisiones del servicio en Madrid y en el extranjero, de las cuales una la desempeñó en París, a petición suya, gratuitamente y otra en Lisboa; ser autor de varias obras literarias y pertenecer al Instituto Arqueológico de Berlín»²⁸. Una carta del director del Museo Arqueológico Nacional, Basilio Sebastián Castellanos de Losada, podría haber servido de apoyo y carta de presentación en la consecución de esta plaza para Mérida:

«certifico que Mérida, ayudante de segundo grado del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Anticuarios, con destino al Museo Arqueológico Nacional, es un empleado entendido, provechoso y asistente (...) ha hecho importantes trabajos de clasificación, descripción y procedencia de los objetos antiguos de la sección primera (...) para exponerlas al público en sus salas respectivas (...) notables conocimientos arqueológicos y artísticos (...) gusto y buen criterio (...) preferencia por el estudio y conocimiento del arte egipcio, ha clasificado los monumentos que poseemos de él»²⁹.

Debió de existir cierta complicidad entre Mérida y Castellanos de Losada, tal y como se desprende de las palabras de éste. Intercedió por él para que pudiera beneficiarse de una de las cinco plazas aprovechando su puesto de director del Museo Arqueológico Nacional y su privilegiada posición entre el funcionariado. Castellanos representaba la institucionalización de la erudición histórico-arqueológica y su intento de ligar la Arqueología a las instituciones docentes mediado el siglo XIX (Rivière Gómez, 1997: 138; Pasamar y Peiró, 1991: 73; Lavín Berdonces, 1997), desde sus intentos por promover el progreso de las ciencias arqueológicas en España. Así lo reconocería el propio Mérida en 1895 cuando reconoció la aportación de Castellanos a la arqueología decimonónica, y a haber sido el primero en difundir los conocimientos arqueológicos en España (Mérida, 1885: 61-62; 1895a: 95). La relación entre ambos fue de mutua admiración y no tardó Castellanos en adivinar un futuro prometedor en la carrera de Mérida, como así sería (Barril, 2003-2005: 244).

Mérida complementó su labor funcionarial con una labor de difusión que le convertía en un divulgador excepcional. Desde el momento en el que las distintas publicaciones le brindaron la oportunidad de dar a conocer eventos de tipo cultural, no dudó en hacerlo y aprovechó para exponer sus conceptos sobre museología. Un buen ejemplo son los artículos que

²⁷ Carta custodiada en el Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares, con la signatura EC-Ca 19 y la signatura topográfica 31-49.

²⁸ Borrador de la carta que supuestamente enviaría Mérida. Perteneció al expediente de Mérida, en el archivo del Museo Arqueológico Nacional.

²⁹ Oficio manuscrito que se conserva en el Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares, con la signatura EC-Ca 19 y la signatura topográfica 31-49.

publicó en «La Ilustración Española y Americana» sobre las artes retrospectivas de la Exposición Universal de Barcelona, celebrada en 1888 (VV. AA., 1988) y para la que había reservada una sala. Reconocía que «estas exposiciones de antigüedades no revisten la importancia de las de antigüedades americanas o prehistóricas, celebradas con ocasión de los congresos científicos (...) en estos se discuten los trascendentales problemas que los objetos expuestos ofrecen a los sabios. Las antigüedades en las exposiciones universales rara vez llegan a formar colecciones ordenadas sistemáticamente, sirviendo sólo para que los inteligentes puedan ver y estudiar algunas piezas curiosas o raras», y lo que era más triste, según Mélida, «para que los comerciantes de antigüedades realicen algún negocio» (Mélida, 1888a: 299). No obstante, puso de relieve dos hechos en esta exposición: la afición que había a la Arqueología en Cataluña y la actitud participativa del clero con la cesión de un alto número de joyas artísticas, a pesar de la contraria disposición del obispo de Tarragona. Justificaba, además, al gran ausente de la Exposición, el Museo Arqueológico Nacional, alegando riesgos en el traslado de las piezas: «no pudiéndose orillar de un modo satisfactorio las formalidades que exigía el envío de las valiosas piezas escogidas al efecto» (VV. AA., 1988: 299). Se trataba, evidentemente, de una disculpa más forzada que sincera dada su pertenencia a la institución. Se detecta en su afirmación un cierto tono de reproche por la ausencia del Museo Arqueológico Nacional, al que Mélida debió de considerar como asistente ineludible de primera categoría en este tipo de eventos. Este hecho contrasta con la participación del Museo en la exposición de Lisboa, para la que fue comisionado el propio Mélida en 1882, escondiendo quizás una intencionalidad que trascendía el ámbito cultural. Siete salas formaban la sección arqueológica de la exposición, debidas «al buen gusto y sabia dirección» del Conde de Valencia de Don Juan, Paulino Savirón, Sampere y Miquel, Miquel y Badía, los Bofarull, Soler y Rovirosa, los señores Pirozzini, Bosch, etc.

Mélida hizo hincapié en la abundancia de antigüedades medievales y modernas, en detrimento de prehistóricas y antiguas, que todavía despertaban cierto recelo, entre los sectores más inmovilistas del clero. De las secciones de escultura, pintura y manuscritos con miniaturas, sólo dos bustos de época romana³⁰ conformaban el grupo de piezas anteriores a lo medieval. Los tapices, los bordados, los tejidos y las blondas merecieron un amplio análisis por parte del autor en otro artículo (Mélida, 1888b) dedicado a la exposición. La cerámica expuesta ofrecía, en general, escaso interés. Sin embargo, cabe destacar que los vasos más antiguos que se veían en la instalación especial se debían a la Sociedad Arqueológica Luliana de Palma de Mallorca (Merino, 1997: 377-378), creada en 1880 y cuyo Boletín apareció cinco años más tarde. Se trataba de dos vasos de barro negro, encontrados en los talayots, que a juicio de Mélida guardaban semejanza con los vasos hallados en los yacimientos prehistóricos y en los dólmenes de la Península. Lógicamente, esta gran muestra de Barcelona estaba centrada en la presentación y exposición de proyectos industriales y la parte correspondiente a piezas arqueológicas y de Bellas Artes era secundaria. Sin embargo, el testimonio cronístico de Mélida nos acerca al tratamiento museológico que se le dio a las piezas prehistórico-protohistóricas y posteriores. La Exposición de Barcelona suponía que las piezas consideradas por muchos como de épocas oscuras comenzaban a tener cabida en las vitrinas de un evento de repercusión nacional e internacional. Por eso Mélida lamentó la ausencia institucional del Museo Arqueológico Nacional en este acontecimiento museológico de primer orden cuyas aportaciones procedían mayoritariamente del entorno catalán y balear.

³⁰ Representaban a los nietos de Augusto, Lucio y Cayo César.

Al barcelonés Juan Rubio de la Serna (Espasa Calpe, 1929: 638-639) pertenecía un lote de piezas, compuesto de objetos de hierro, cerámicas y monedas, y expuesto en la sección arqueológica. Mérida puso en evidencia la tarjeta explicativa que acompañaba a las piezas y en la que se leía: «Antigüedades Iluronenses, procedentes de la necrópolis ante-romana de Cabrera de Mataró», tachando de errónea la clasificación, al considerar que se trataba de objetos de época romana y no ibéricos, como creía su colega catalán, a pesar de lo cual el Jurado le concedería a éste la medalla de oro por su colección de antigüedades. A la cerámica greco-itálica dedicó su siguiente reflexión. Partiendo de uno de sus principios básicos –el origen indiscutible de la originalidad griega en la cerámica– se preguntaba si las conservadas en los museos españoles eran importaciones itálicas, o si podían admitirse como productos de alfareros romanos establecidos en la Península Ibérica. Se hizo eco igualmente de otras piezas de la Exposición, como varias fíbulas y tres monedas procedentes de *Iluro* (actual localidad barcelonesa de Mataró) y un ánfora etrusca con figuras rojas sobre fondo negro.

Con motivo de la exposición y de la publicación de los citados artículos, el arqueólogo gerundense Enrique Claudio Girbal salió al paso de los planteamientos difundidos por Mérida y, bajo el título de *La estatua de Carlomagno, el códice del Apocalipsis y el tapiz del Génesis de la catedral de Gerona*, arremetió contra el arqueólogo madrileño. Debió de sentir Mérida la necesidad de responderle, y así lo hizo. Desde las páginas de «La Ilustración Española y Americana» aprovechó para aclarar sus hipótesis y para defender sus criterios históricos en su *Crítica arqueológica y artística* (Mérida, 1889). Sus palabras no iban tan encaminadas a la respuesta personal a Girbal sino a despojar de leyendas y falsas atribuciones aquellas piezas o monumentos que habían estado vinculados erróneamente a personajes célebres, sin ser tales sus poseedores:

«La Iglesia es cierto que ha procedido siempre con mucho pulso y delicadeza en todo lo referente al culto, pero con muy poco cuidado en lo referente a las tradiciones de los tesoros artísticos que guarda. Ahí está para hacer bueno nuestro aserto el pendón de las Navas, que ni fue pendón, ni árabe-español, ni pudo estar en las Navas, además de otra infinidad de falsas atribuciones que hay en nuestras iglesias (...) Ha habido un tiempo en que predominaba el afán de las atribuciones históricas, hasta el punto de que no se comprendía que tuviese valor un objeto antiguo si no se decía que había pertenecido o que representaba a algún personaje célebre. En nuestra armería real, hasta hace poco, se enseñaban el casco de Aníbal, la silla del Cid, la armadura de Isabel la Católica, etc.; errores hoy, por fortuna, desvanecidos» (Mérida, 1889: 172-173).

Sus palabras volvían a reflejar la «cruzada» emprendida por Mérida para imponer las valoraciones históricas de una manera rigurosa y científica, sin tener en cuenta la leyenda y el mito sino la verdad histórica. Detrás de estos objetos ligados a grandes personajes de la hispanidad, se escondía una intencionalidad nacionalista dirigida a la exaltación de los gloriosos episodios del pasado. Le afectaron los aires de nacionalismo liberal que había dejado de contar con el recurso a viejas prerrogativas como la tradición, el principio dinástico o la religión. La Iglesia se convirtió en esta ocasión en blanco de sus críticas, por ser depositaria y responsable de gran parte de los tesoros artísticos nacionales. Si en los artículos escritos con motivo de la exposición de artes retrospectivas puso en evidencia al obispo de Tarragona por su falta de colaboración en la cesión de piezas, ahora reprochó la actitud ultraconservadora de aquellos que rehuían la explicación científica, coherente y contrastada recurriendo a los mitos históricos.

A pesar de su ausencia en la Exposición Universal de Barcelona, el Museo Arqueológico Nacional seguía siendo la máxima institución museística. Después de veinte años de recorrido, cambió su ubicación en 1895 a su emplazamiento definitivo, en el Paseo de Recoletos (Barril, 2003-2005: 244-245). En este traslado colaboraron un grupo de funcionarios entre los que se encontraba Álvarez-Ossorio, futuro sucesor de Mélida como director del Museo Arqueológico Nacional. Mélida confiaba en que comenzara «ahora a vivir, pues la vida que ha llevado sobre todo en sus primeros años en el Viejo Casino de la Reina –a la sazón, edificio en el que permaneció Mélida durante sus 10 primeros años en el Museo Arqueológico Nacional, que había sido inaugurado en julio de 1871–, en los confines de la calle y del Barrio de Embajadores, por muchos motivos puede considerarse como su período de gestación» (Mélida, 1895a: 84). Lamentó el abandono que había sufrido la institución y, sobre todo, el escaso interés que había despertado entre el público nacional: «Los extranjeros, los forasteros, que por las guías tenían noticia de la existencia del Museo, han sido durante mucho tiempo casi los únicos visitantes que se veían en aquellas desiertas salas» (Mélida, 1895a: 84). Incluso, recordaba el entorno del antiguo Museo Arqueológico Nacional, como rodeado por una atmósfera hostil que no invitaba precisamente a acercarse hasta sus salas: «chiquillos harapientos, chulas de la fábrica de tabacos, etiópicos gitanos y algunos vándalos (...) había que atravesar aquel peligroso “Madrid prehistórico” para llegar al Museo Arqueológico (...) el Casino de la Reina era su “claustró materno”» (Mélida, 1895a: 85-86). Del pasado más negro, recordaba Mélida la intentona de incendio de que fue víctima el Casino de la Reina en los días que estalló la Gloriosa en septiembre de 1868. Calificó a los asaltantes como «una turba de flamantes reformadores de lo existente, que “acalorados” por el grito de “abajo los Borbones”, sin mirar que aquello no era ya Casino de la Reina, rociaron con aguarrás la fachada del Museo y la prendieron fuego. El conserje pudo cortar el incendio y la intentona, convenciendo a los asaltantes de que aquello no era ya de la Reina» (Mélida, 1895a: 86). También se hizo eco Mélida del atentado sobre la persona de José Amador de los Ríos, cuya adhesión a las ideas de los caídos en 1868 le puso más de una vez en grave trance de muerte, hasta obligarle a refugiarse en el Ministerio de Fomento y luego a dimitir de su cargo de director. Según Mélida, el Casino de la Reina se encontraba en una zona urbana afín a la causa liberal, como demostraba el hecho de que había sido nombrado Ventura Ruiz Aguilera (Bolaños, 1997: 228-229) como sustituto de Amador de los Ríos, cuya significación liberal debió de contribuir a templar la naciente hostilidad de las gentes del barrio al Museo. Las nuevas instalaciones habilitadas en 1895, a pesar de lo positivo del cambio, habían sido concebidas con un criterio algo caduco para lo que se estilaba entonces en otros países del continente. Hasta 1933 no estuvo el Museo a la altura de sus homónimos europeos (Gaya Nuño, 1968: 361).

Ciertamente la «Septembrina» causó inestabilidad y agitaciones para la vida del Museo Arqueológico Nacional. No obstante, los conventos sobre los que «la Gloriosa» extendió sus acciones revolucionarias y los viajes realizados por varios individuos del Museo, comisionados para adquirir objetos antiguos, fomentaron extraordinariamente el caudal museístico de la institución, como reconoció el propio Mélida.

Finalmente, el día 5 de julio de 1895 el Museo abrió las puertas al público en el «Palacio Nuevo» ante la presencia de la Reina Regente, la infanta Isabel y los miembros del gobierno con Cánovas del Castillo a la cabeza. En palabras de Ignacio Peiró Martín, la inauguración del nuevo museo «no sólo iba a desempeñar un papel determinante en la evolución hacia el moderno estatuto del monumento, inventariado y protegido por el cuerpo de archiveros-arqueólogos especializados, sino que resultó fundamental para que la historia

de la nación española traspasara el limitado espacio del discurso erudito para mostrarse en un espacio arquitectónico nacionalizado» (Peiró, 1995: 177). Contaba entonces el Museo con más de 157.000 objetos, repartidos entre todos los pueblos y todas las épocas, e instalados «*con arreglo al plan sistemático que las ciencias históricas imponen*» (Mélida, 1895b: 22). De forma paralela, se producía un proceso centralizador que afectaba no sólo a las antigüedades sino también a los documentos escritos. Mélida representaba una postura partidaria de trasladar a la capital los objetos y restos histórico-arqueológicos encontrados en las provincias, en línea con el interés de los políticos madrileños. Le obsesionaba la idea de que la juventud española adquiriera conocimientos de una manera práctica y decía que «el espíritu del país reclama ya que el Museo deje de ser un sitio de recreo para los curiosos, estéril para la cultura, sino que, por el contrario, sea viva fuente de enseñanza de la historia, eterna maestra de la humanidad» (Mélida, 1895a: 96). Consideraba el Museo Arqueológico Nacional un centro docente de gran utilidad y relevancia para la vida intelectual del país, que debía llegar al gran público: «la ciencia es para los sabios; pero el Museo no puede ser exclusivamente para éstos (...) el conocimiento del pasado de la humanidad constituye un deber y un derecho de toda generación nueva» (Mélida, 1895c: 39).

Viene a colación de lo anterior una carta que le envió a su amigo Bartolomé Ferrá³¹, presidente de la Sociedad Arqueológica Luliana. Está fechada en 8 de julio de 1895 y hacía referencia al descubrimiento de los bronce del santuario talayótico de Costig (Ferrá, 1895: 86-89) en el predio de Son Corró:

«En cuanto recibí las cartas de usted y de Llabrés hice un borrador de comunicación, pidiendo al Ministerio la adquisición (...) Pero se preparaba la reapertura del Museo en su nuevo local y hubo que hacer compás de espera. Yo me consumía de temores y de impaciencia. Llegó paciencia. Llegó la fiesta del Museo: fue la Reina y fue Cánovas que como usted sabe es un entusiasta por las antigüedades. De propósito había yo pegado en una cartulina y expuesto en una vitrina las tres fotografías que usted me envió. Se las enseñé a Cánovas, le entusiasmó, nos dijo que preguntáramos precio, telegrafíe a usted (...) Y la contestación es la Real Orden. Haremos vaciados de las cabezas y los tendrán ustedes. Suyo afectísimo amigo que le agradece de veras su patriotismo y leal proceder» (Mascaró, 1989: 167-168).

Tres meses más tarde, el 3 de octubre, Mélida comunicó por carta³² a su amigo mallorquín Gabriel Llabrés que el entonces Ministro de Fomento, el conservador Alberto Bosch y Fustegueras –que ostentó el cargo entre el 23 de marzo de 1895 y el 15 de diciembre de 1895– le había consultado sobre el estado de la situación para gestionar la definitiva adquisición de los objetos. Como jefe y organizador de la Sala de Antigüedades Ibéricas, se le encargó para tramitar la incorporación de los bronce al Museo Arqueológico Nacional. De hecho se reconoce a Mélida como la persona que facilitó la adquisición de los bronce de Costig (Castañeda, 1934: 8). El menorquín José Thomas fue el encargado de estudiar y cata-

³¹ Llegó a estar vinculado a las Academias de Bellas Artes de Palma de Mallorca y de Valencia. En la Academia de la capital balear fue profesor de composición y de arquitectura legal y de arqueología cristiana del seminario de la misma. Formó parte del grupo de correspondientes de la de San Fernando y la de la Historia, ambas de Madrid, y fundó el Museo Arqueológico Luliano. La mayor parte de sus artículos aparecieron publicados en el «Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana», fundado en 1885.

³² Procedente de la Biblioteca Gabriel Llabrés en Palma de Mallorca.

logar los referidos bronce. Según Mélida: «gracias al presidente del Consejo de Ministros, Antonio Cánovas, las antigüedades de Costig fueron adquiridas por 3.500 francos (Merino, 1997: 371) por el Museo Arqueológico Nacional, donde se exponen actualmente (...) La obra (acción) común del arte oriental y el griego, obra que Heuzey reconoció con sagacidad en las esculturas del Cerro de los Santos (Revue d'Assiriologie, II, p. 96), es el estilo greco-oriental» (Mélida, 1896a: 110-111). Paralelamente, el francés Pierre Paris (París, 1903: 140-162) había mostrado interés en adquirir los bronce para el museo parisino del Louvre. Sin embargo, los mallorquines Gabriel Llabrés y Bartolomé Ferrá, miembros ambos de la Comisión de Monumentos, prefirieron que las piezas acabaran en las vitrinas de un museo nacional, antes que extranjero. Aunque todavía hoy los bronce de Costig abanderan la reivindicación isleña en el plano arqueológico frente a la centralización museística (Merino, 1997: 371-372), debe valorarse la compra por parte del Museo Arqueológico Nacional como un acierto frente a la injerencia francesa. Salvados de acabar en una vitrina del Louvre, como ocurrió con la Dama de Elche dos años después, los bronce de Costig se vincularon para siempre a la herencia museológica nacional.

La adquisición de estas piezas se encuadra dentro del proceso centralizador acometido por las autoridades culturales de Madrid. Se dieron una serie de órdenes encaminadas a reforzar el protagonismo de instituciones de la capital, en detrimento de la dispersión patrimonial provincial. Buen ejemplo lo tenemos en el Archivo Histórico Nacional, al que se incorporaron, entre otros, el Archivo Histórico de Toledo, el archivo de la antigua Universidad Complutense, los archivos del Consejo de Castilla o los del Real Patronato de Castilla y Aragón. También la «Sociedad Española de Excursiones» surgió en un contexto de interés centralizador.

La labor de difusión cultural que Mélida desplegó a lo largo de prácticamente toda su vida volvió a quedar de manifiesto en su *Balace de la Exposición de Bellas Artes*, publicado en el «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones» en 1895. En este artículo ofreció su lado más crítico y expresó su descontento por lo que él consideraba un negativo balance y unos tristes resultados. Comenzó por poner en entredicho los criterios empleados en la admisión y colocación de las obras expuestas, así como la adjudicación de obras entre aquellos personajes que él consideraba «notables». Además, opinaba que se había empleado un mal criterio museográfico al colocar tan juntos los cuadros y lo que es más importante: Mélida creía que los premios deberían ser sustituidos por la adquisición de las obras premiadas por el Estado para ser expuestas en el Museo Nacional. Una vez más, su propuesta iba encaminada a tratar de compartir un bien patrimonial. Su convencimiento de que tenía que «nacionalizarse» el patrimonio artístico a floró de nuevo en sus palabras. Creía, por encima de todo, en un concepto artístico que representara a la Nación y que sirviera de aglutinante ante los ya de por sí dispersos intereses particulares y regionales. De nuevo, aparecía su sentimiento patriótico proyectado sobre el Arte. Sin embargo, tuvo también palabras de elogio para la exposición, en lo que se refería a los adelantos técnicos experimentados en el arte pictórico y al provechoso empleo que se hizo del color. De la misma opinión era su amigo Ceferino Araújo Sánchez. Además, emitió Mélida otras reflexiones de carácter técnico en las que no ahondaré.

La producción literaria de Mélida en estos años seguía supeditada a una temática muy variada. Llamen la atención sus tres artículos de 1894 acerca de la Real Armería de Madrid, en la que puso de manifiesto la renovación que habían experimentado los museos más im-

portantes de Madrid, El Prado y el Museo Arqueológico Nacional, y sobre todo el que motivó estas líneas: la Real Armería (Mélida, 1894). Incidió Mélida en la necesidad que tenían los pueblos de conocer sus raíces y culturizarse en los museos nacionales: *¡ojalá consigan tan saludables mejoras atraer a las desiertas salas de nuestros museos la masa común del público, y despertar en ella amor a las artes, respetuosa admiración por los hombres y las cosas de los tiempos pasados, fomentar, en fin, la cultura general por los medios positivos y tangibles que los museos ofrecen!* (Mélida, 1894: 265). No era sino una muestra más de su deseo de ver forjada la identidad nacional recurriendo a las glorias pasadas contenidas en los museos. En cierta medida, denotaba una exaltación patriótica en línea con la concepción de una cultura nacional y se acercaba al tan manido concepto de la Historia como disciplina esencial en la vertebración del Estado-nación. Vió en los museos los depositarios de la tradición, y *por ende*, de la cultura material, del *Volk* herderiano:

«Hora es ya de que ese público comprenda no son los museos lugares de pasatiempo, sino que son las fuentes purísimas de la enseñanza del ayer, que el hombre no puede despreciar sin renegar de su origen. Hora es ya de que se comprenda cuánto mejor es aprender las tradiciones del Arte, de la Ciencia, de las creencias y de las costumbres, etc., examinando directamente las reliquias históricas, que no leyendo los libros de los historiadores modernos, que sólo pueden servir de guía o de auxiliar» (Mélida, 1894: 265).

Se adivina en sus palabras un acercamiento cada vez más convencido al objeto arqueológico como documento histórico de primera mano. Su afirmación reclamaba el protagonismo de la pieza frente a la actitud distante que tenía el historiador de la época respecto a la cultura material arqueológica. Mélida trató de avivar la puesta en valor de la tradición y la cultura como manifestación espiritual de un pueblo, el hispánico. Consideraba esenciales los museos, por ser depositarios de la cultura material que contenía la esencia del pueblo. Volvía a asomar en Mélida su reclamo de la historia interna o Intrahistoria, como la vía de acercamiento más fidedigna a las sociedades antiguas.

Volvamos al recién inaugurado Museo Arqueológico Nacional. En la tarde del 5 de julio de 1895 fueron abiertos sus nuevos locales. Había nacido esta institución sin el amparo necesario por parte de la administración pública y con la limitación de contar con sedes siempre insuficientes (Marcos Pous, 1993). No obstante, supuso un impulso para la actividad y dinamismo del Museo, que contó con el fecundo empeño de sus conservadores.

Por supuesto, el cambio también afectó positivamente a José Ramón Mélida, quien desde su puesto de jefe de la sección de Protohistoria y Edad Antigua en el Museo Arqueológico Nacional, pudo sacar provecho de las prestaciones de la nueva sede: salas más grandes y nuevas vitrinas. La reactivación y el empuje que recibió el Museo motivó, entre otras cosas, una puesta al día y una serie de publicaciones en las que se actualizaba el pasado y presente de la institución. En una de ellas Mélida y Álvarez-Ossorio repasaron los aumentos de las colecciones desde la celebración de las exposiciones históricas en 1892 en un artículo publicado en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», que había sido creada en 1871 bajo el nombre de «Boletín de Archivos, Bibliotecas y Museos». Citaron donaciones como la del gobierno del Bey de Túnez, la de Fernando Álvarez Guijarro, la del obispo de Sigüenza o la de Antonio Rus, que cedió objetos hallados en las excavaciones llevadas a cabo en Uxama, provincia de Soria. El 4 de enero de 1895, el Museo recibió una donación de antigüedades

egipcias por el gobierno del país norteafricano (Marcos Pous, 1993). También Antonio Cánovas del Castillo donó antigüedades al Museo. Otros nombres que figuraron entre los últimos donantes, entre los años 1895 y 1896, fueron: los señores Guijarro, con unos objetos hallados en el predio de Son Corró en Mallorca, y D. E. Argenti.

La lista de donantes de antigüedades la completaban ilustres familias como los Miró, Rodríguez, Aubán, Castellanos, Vives, Ibarra, etc. No pudo evitar Mélida establecer una comparación con las demás ciudades europeas que contaban con amplias colecciones cerámico-museográficas: París, 8.000 ejemplares; Londres, 5.000; Berlín, 4.000; Nápoles 4.000; San Petersburgo, 2.000; Atenas, 1.400; Munich, 1.400; Roma, 1.400 y Viena, 600. Madrid, por su parte, disponía de una colección de 1.400 ejemplares.

En cuanto a colecciones particulares, hizo referencia a seis especialmente relevantes en Madrid. Una correspondía a los Duques de Alba, otra a Ángel Barcia, otra a Alejandro Groizar, otra a Antonio Cánovas del Castillo, otra al Marqués de Pidal y otra a Juan Valera.

Mélida echaba de menos una sistematización de los vasos del Museo madrileño al nivel del catálogo de los vasos del Louvre. Como ceramógrafo tenía muy en cuenta la labor desempeñada por Edmund Pottier, conservador de la sección de cerámica del Louvre y formado en la Escuela Francesa de Atenas (VV.AA., 1996: 468-470; Gran Aymerich, 2001) y referente para el arqueólogo madrileño en materia ceramográfica, como muestran algunas misivas intercambiadas entre ambos (Casado Rigalt, 2008: 327-328). De Pottier era el catálogo de los vasos del museo parisino (Gran Aymerich, 2001: 390), en cuyo recuento estadístico denunciaba Mélida que «para nada figuran las colecciones de Madrid» (Mélida, 1896b: 110). Reconocía Mélida con resignación que los libros españoles apenas gozaban de circulación entre los países europeos. Una queja subliminal que trataba de servir como estímulo a la ciencia española, a la que Mélida trató de «europeizar» al más puro estilo unamuniano³³. En cierto modo, participó de esa corriente inconformista y aperturista que proponían los hombres de la *generación del 98*. Enlazaba Mélida con la mentalidad de estos hombres, resumida en tres puntos: amor, descubrimiento y crítica de España. Todos los intentos de cambio y mejora que proyectaron los intelectuales noventayochistas (como Ortega, Unamuno o Joaquín Costa) en la sociedad española de estos años, la trasladó Mélida al campo de las artes y la Arqueología. Se convirtió así en uno de los abanderados del movimiento regeneracionista cultural en el campo de las ciencias. En palabras de Fernando Wulff, «el 98 no lo es todo, pero es el marco en el que se inicia el replanteamiento historiográfico» (Wulff, 2003: 190; Ruiz, Bellón y Sánchez, 2002: 184-185). El Regeneracionismo, en su concepto global, implicaba una vertebración económica, ascensión de nuevas capas medias, avance de la democracia, activación del desarrollo científico-tecnológico y mejora del sistema educativo.

En el año de 1896, publicó Mélida un artículo titulado *Vasos griegos, etruscos e italo-griegos en Madrid* en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Llevó a cabo un repaso histórico por la colección de vasos contenida en el Museo Arqueológico Nacional. La Biblioteca Nacional podía considerarse entonces como la primera depositaria y el germen de la futura colección. En concreto, fueron 16 vasos (Castellanos de Losada, 1847: 30-33), los que pasaron

³³ Desde su obra *En torno al casticismo*, de 1895, Unamuno confesó su interés por regenerar España y librarla de los males endémicos de la sociedad. Reconoció que le «dolía España» y que necesitaba respirar aires europeos para regenerarla.



Fig. 4. Fachada del Museo Arqueológico Nacional en 2004.

en 1867 al recién fundado Museo Arqueológico Nacional procedentes de la Biblioteca Nacional, junto con 56 vasos más que se conservaban en el Museo de Ciencias Naturales. En total, 72 vasos. Del viaje emprendido en el verano de 1871 a bordo de la fragata *Arapiles* (Almela, 1991: 65)³⁴, Juan de Dios de la Rada y Delgado se hizo con 88 vasos griegos y 30 chipriotas, que entraron a formar parte del Museo (Olmos, 1980). En 1874 fue el Marqués de Salamanca (Chinchilla, 1993c), quien con sus adquisiciones logró atesorar una colección importante de vasos que cedió al Arqueológico Nacional. El mismo ejemplo siguió dos años después Tomás Asensi, vendiendo al Museo 220 vasos que acrecentó el caudal de sus fondos.

³⁴ El 10 de junio de 1871, una orden del Almirantazgo Español determinó un viaje de la fragata *Arapiles* a Oriente, con un itinerario que comprendía escalas en Malta, El Pireo, los Dardanelos, Besika (Troya), Rodas, Chíos, Samos, Chipre, etc. Rada y Delgado, uno de los componentes del viaje, tomó pronto conciencia de lo importante que sería para el recién creado Museo Arqueológico Nacional la adquisición de piezas. Así se lo sugirió a Juan Valera, entonces Director General de Instrucción Pública y gran apasionado de la Arqueología. Acogió la propuesta con entusiasmo y el viaje al Mediterráneo oriental se consumó. La comisión estuvo formada por el citado Rada, por Jorge Zaurite Romero y por el dibujante e ilustrador Ricardo Velázquez Bosco. Rada y Delgado, Juan de Dios de la, *Viaje a Oriente de la fragata de guerra Arapiles y de la comisión científica que llevó a su bordo*, Ed. Emilio Oliver y Cía. Barcelona, 1882.

Uno de los vasos griegos del Museo Arqueológico Nacional mereció una publicación por parte de Mélida en la revista «Historia y Arte», correspondiente al mes de abril de 1895. Se trataba de *La copa de Ayson. Vaso griego del Museo Arqueológico Nacional*. Considerada como la pieza capital de la colección de cerámica griega del Museo y perteneciente a lo que llamaban los ceramógrafos *estilo ático puro*, este vaso formó parte de la colección reunida en Italia por el opulento banquero español señor Marqués de Salamanca, vendida por éste al Estado en 1874. Sólo un trabajo había abordado el estudio de la pieza de forma sucinta (Mélida, 1882), si se exceptúa el realizado por el señor Bethe, profesor de la Universidad de Rostock, con motivo de su viaje realizado a Madrid en la última década del XIX. La importancia del estudio llevado a cabo por el profesor alemán radicaba en el hecho de haber localizado la firma del pintor de esta copa, circunstancia que aprovechó Mélida para justificar su propia falta de tino al no percatarse de esta circunstancia:

«...nosotros supusimos anónima tan preciosa obra. Esto exige una explicación (...) no pudimos en 1882 encontrar la firma ni leer enteras otras inscripciones del vaso porque éste estaba tan torpemente restaurado que para disimular las juntas y desperfectos habíanle embadurnado en muchos sitios con pintura al óleo, con lo que habían quedado ocultos o borrados varios de los epígrafes griegos que tanto avaloran la copa, entre ellos la firma de Ayson» (Mélida, 1895d: 33).

La publicación de la copa de Ayson por José Ramón Mélida supuso una actualización de la pieza hasta ese momento. Hoy en día, su estudio ha sido abordado por nuevos investigadores que convierten al artículo de Mélida en una referencia historiográfica de cierto valor (Olmos, 1992).

En la misma revista, «Historia y Arte», dedicó Mélida un artículo a analizar una pieza que había despertado su interés. Se trataba de una cabeza de Séneca, cuya primera referencia apareció reflejada en el *Catálogo del Museo de Antigüedades de la Biblioteca Nacional*, suscrita por Basilio Sebastián Castellanos de Losada en 1847. Según el citado catálogo, la escultura era un «objeto de carácter romano, en bronce (...) Se tiene por vaciado original, y fue hallado en el Herculano en tiempo de Carlos III, que le regaló a este establecimiento cuando vino de Nápoles» (Castellanos de Losada, 1847: 41). Una segunda descripción del objeto escultórico remitía a una *Memoria histórico-descriptiva del Museo Arqueológico Nacional*, impresa en 1876: «Cabeza admirablemente modelada por el natural, procedente de las primeras excavaciones de Pompeya y Herculano, y que formaba parte de la pequeña pero notable colección de antigüedades traída en la recámara de Carlos III a España, que estaba en la Biblioteca Nacional. Se cree que representa a Séneca moribundo.» (Rada, 1876: 69). También de 1876 era una monografía de Villamil y Castro la que afirmaba con rotundidad que «esta cabeza (...) siempre será un antiguo monumento escultórico notabilísimo. Por tal, y no como obra del Renacimiento, cual algunos la han considerado, debe estimarse esta cabeza» (Villamil y Castro, 1876: 439-440). En 1882 se recogió igualmente una descripción de la pieza en el *Catálogo del Museo Arqueológico Nacional. Sección primera*: «Como es sabido, Séneca fue una de las víctimas del cruel emperador Nerón, quien le envió una orden de muerte, la cual cumplió el filósofo mandando le abriesen las venas y desangrándose en un baño, suplicio que soportó con heroico estoicismo. En este supremo instante de agonía por aniquilamiento está representado el presente busto (...) cuya expresión y cuyas facciones son de lo más hermoso y perfecto que ha producido el realismo escultórico de la época romana» (Rada y Delgado, 1882: 222).

Pero Mérida se mostró mucho más crítico que sus antecesores. Movidio por la responsabilidad que se le suponía en la catalogación de los objetos del Museo Arqueológico Nacional, sometió a la pieza a un severo análisis de autenticidad tras observar en el busto unas características que no se correspondían con la escultura romana clásica:

«Adviértese que las líneas generales del nuestro (busto), ondulan tanto como lo quieren los detalles anatómicos, aquí llevados quizás al exceso. ¡Cuánto han perdido de corrección clásica los contornos del cuello, en el busto de Nápoles tan robustos! (...) nuestro busto es una hermosa obra de arte, pero concebida y ejecutada en una corriente del gusto que se complacía en estudiar y acusar la anatomía humana para engrandecer el natural, justamente al revés que lo hicieron los antiguos (...) domina en nuestro busto una cierta fantasía que no es la de la edad antigua, algo de violento y teatral que no se encuentra en el arte romano (...) más cerca está, en efecto, de las esculturas de Miguel Ángel, en las que hay verdadera exuberancia de vida, estudio anatómico concienzudo y fuertemente acusado (...) estas y otras muchas obras del Renacimiento y aun posteriores convencen de que nuestro bronce es debido a algún artista italiano» (Mérida 1895e: 150).

Mérida rechazaba la probabilidad, la sospecha siquiera, de que el bronce en cuestión fuera antiguo. Dio por hecho que había sido traído a España por Carlos III pero no descartaba que pudieran haber engañado a los arqueólogos del siglo pasado por dos hechos: la pátina de color verde claro tenía todo el aspecto de ser artificial, y su parecido con la cabeza de la estatua Borghese, en la que quizás se inspiró el autor del busto de Séneca, era más que sospechoso. Las reflexiones de Mérida encajaban perfectamente en el cuadro histórico. En Italia, desde el Renacimiento se hicieron múltiples falsificaciones a causa del entusiasmo general despertado por el arte antiguo, hecho que aumentó con el descubrimiento de Pompeya y Herculano (Caro Baroja, 1992: 20-22). El propio Carlos III, siendo rey de Nápoles, encargó al Duque de Cerisano que adquiriera dos falsificaciones, consciente de que eran falsas. Pero el Duque llamó a un pintor, de nombre Giuseppe Guerra, que se dedicaba a falsificar pinturas, tratando de venderlas como auténticas. Esta acción se repitió con clientes alemanes y franceses. No extraña, pues, que Carlos III fuera una de las víctimas que se cobraron los falsificadores italianos.

En el año de 1897 José Ramón Mérida contaba ya con cuarenta años de edad. Seguía perteneciendo a la plantilla del Museo Arqueológico Nacional y, de hecho, dedicó a la institución varias publicaciones más. La primera llevaba por título *Nota sobre tres espejos de bronce del Museo Arqueológico Nacional de Madrid*³⁵. La segunda se refirió al legado donado por Eulogio Saavedra al Museo Arqueológico Nacional³⁶.

³⁵ Apareció en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos» y lo firmó en colaboración con su colega francés Pierre Paris. Fueron tres los espejos etruscos que centraron la atención y reclamaron un tratamiento especial dentro de la serie. Dos de ellos provenían de la colección Salamanca y un tercero de la Biblioteca Nacional, si bien —advertían los firmantes— había un espejo con engañosa apariencia de autenticidad. Opinaban así tras caer en la cuenta de que el Museo Kircher de Roma poseía uno idéntico. En la misma dirección apuntó Theodor Mommsen, quien consideraba improbable una imitación de este género en el arte antiguo. He aquí el dilema: ¿cual de los dos espejos era el falso? Según Paris, lo sería el del museo español. Mérida, sin embargo, desdijo a Mommsen y consideró que los antiguos sí debieron de estar capacitados para calcar un dibujo y reproducir invertido un asunto.

³⁶ La firmó Mérida en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Eulogio Saavedra llegó a reunir en Lorca una curiosa colección de antigüedades, que, por legado testamentario, acabó incorporada al Museo.

En septiembre de 1897 salió a la luz el artículo *Leyes hispano-romanas grabadas en bronce. La epigrafía y los epigrafistas en España* en «La España Moderna». Mélida hizo un recorrido por las distintas adquisiciones con las que el Museo Arqueológico Nacional aumentó sus fondos de piezas epigráficas. Sobre todo hizo incapié en la labor desempeñada por Emil Hübner, que recogió todas las inscripciones hispano-romanas en la obra monumental del *Corpus Inscriptionum Latinarum*, publicada por la Real Academia de Berlín. Relató cómo se incorporó al Museo, con la intervención de Hübner y del epigrafista malagueño Rodríguez de Berlanga, el bronce de Itálica por 25.000 pesetas, ejemplo que utilizó Mélida para demostrar «la suerte que siguen en España las antigüedades, y especialmente los monumentos epigráficos (...) que no tienen el atractivo del Arte» (Mélida, 1897: 79). Denunciaba que «por desgracia, la mayoría de las gentes, de la clase que se llama ilustrada, dan a los monumentos epigráficos el despreciativo nombre de pedruscos, y creen que sólo inspiran interés a los inútiles sabios que se llaman arqueólogos» (Mélida, 1897: 79); y lamentaba el daño que producía a las ciencias históricas esta actitud: «las gentes (ó sea la mayoría de los españoles) que tienen por ínfimas antiguallas las inscripciones, no saben que éstos son precisamente los testimonios más auténticos de la Historia» (Mélida, 1897:82). Citó once monumentos epigráficos adquiridos por el Gobierno por la suma de 155.000 pesetas y que engrosaron las colecciones del Museo Arqueológico Nacional. Algunos procedían del Museo particular del Señor Marqués de Casa-Loring y entre ellos destacaban los famosos bronce de Málaga, Salpensa, Audita, Río Tinto, Bonanza y Osuna. Con este artículo, Mélida pretendía recalcar la importancia de la Epigrafía en los estudios arqueológicos como una de esas disciplinas positivas que reforzaban la metodología arqueológica contra la especulación pura y la Metafísica, proponiendo la investigación de los hechos observables y medibles.

En los trece años que transcurrieron entre 1884 y 1897, Mélida se consolidó en el Museo Arqueológico Nacional y acumuló un buen número de experiencias museísticas. Su participación en labores de catalogación; sus comisiones en certámenes y exposiciones coloniales; y su aplicación de criterios expositivos en el Museo Arqueológico Nacional hicieron de él un técnico consagrado. Entró con 24 años en el Museo y con 40 acumulaba ya una considerable experiencia. Esta etapa de su vida significó para él la asimilación de aquellos conceptos adquiridos en los centros en los que forjó su formación: Escuela Superior de Diplomática, Institución Libre de Enseñanza y Museo Arqueológico Nacional. Toda su producción tanto literaria como museológica se inscribía dentro del proceso de «nacionalización» del Patrimonio Nacional. Mélida percibió en los Museos no sólo una función de custodia y exposición de objetos sino el lugar destinado a despertar las inquietudes culturales del gran público, para así recuperar la memoria colectiva contenida en la cultura material del pasado.

Tercera etapa de Mélida en el Museo Arqueológico Nacional (1916-1930). El director

Uno de los momentos más relevantes en la trayectoria profesional de Mélida fue su nombramiento como director del Museo Arqueológico Nacional, institución creada en 1867 e inaugurada en su nueva y actual sede en 1895. Su cargo de director coincidía entonces con el de Anticuario de la Real Academia de la Historia, un hecho que nos obliga a recordar la colaboración institucional en ciertas iniciativas en las que compartían intereses comunes. El desempeño del cargo de director del Museo por algunos Anticuarios de la Academia que aspiraban a formar en el Museo un «gran lapidario» hispánico hizo que a partir de 1907,

siendo Fita Anticuário, se depositaran en él las piezas más voluminosas (Gimeno Pascual, 2001: 97). Desde las primeras comisiones decimonónicas, el Museo había ido acrecentando su caudal de materiales de forma progresiva hasta el nuevo impulso que Mérida le imprimió a su política de adquisiciones y donaciones.

El día 8 de marzo de 1916, Mérida dejó de prestar servicio en el Museo de Reproducciones Artísticas, después de quince años ejerciendo el cargo, para dirigir la máxima institución museística nacional en el ámbito arqueológico. Un día más tarde se reunieron en el despacho de la dirección del Museo Arqueológico Nacional todos los empleados facultativos de entonces: Manuel Pérez Villamil, Francisco Álvarez-Ossorio, Narciso Sentenach, Ignacio Olavide, Ignacio Calvo, Julio Amador de los Ríos y Ramón Revilla, con el objeto de recibir al nuevo director. Mérida entraba a sustituir al entonces director interino Manuel Pérez Villamil (Espasa Calpe, 1929: 741-742; Papí Rodes, 2004b: 392-393) quien –a su vez– sustituía en el cargo a Rodrigo Amador de los Ríos (Pasamar & Peiró, 2002: 525-526). Los empleados facultativos antes citados confiaban en el «impulso que ha de dar a la empresa de catalogación del Museo ajustada a las necesidades de la enseñanza moderna y publicar los catálogos»³⁷, teniendo en cuenta su conocimiento de la institución tras los cuarenta años –se cumplieron el día 16 de febrero de 1916, si bien el nombramiento oficial había sido el día 4 de febrero– que Mérida había trabajado en el Museo. Había ingresado como aspirante sin sueldo de la sección primera en 1876. La designación de Mérida como nuevo director fue acogida positivamente incluso en otras provincias como Soria, donde llevaba ya 10 años excavando Numancia (Casado Rigalt, 2010), y Gerona³⁸. No faltaron tampoco felicitaciones personalizadas de amigos y compañeros como Eloy Sánchez de la Rosa, senador por la provincia de Cáceres³⁹.

El nombramiento de Mérida en la institución museológica de mayor importancia nacional en el campo de la Arqueología le situaba en una posición dominante desde el punto de vista laboral. Su labor como arqueólogo había descrito la trayectoria que el escalafón funcional dictaba entonces, ciñéndose al *cursus* más o menos oficial. En virtud de estas valoraciones y atendiendo a criterios objetivos, Mérida ha sido considerado como un institucionista (Ruiz, Bellón y Sánchez, 2002: 185-189). El caso es que fue nombrado director y detrás de esta decisión se encontraba el entonces Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes Julio Burell Cuéllar, cuyo cargo ostentó entre diciembre de 1915 y abril de 1917. Los empleados facultativos debieron de actuar como órgano consultivo que avalara la ejecución de la decisión política.

Si analizamos de manera individual a los empleados facultativos que aprobaron el nombramiento de Mérida será posible comprender los motivos que favorecieron su ascenso

³⁷ Oficio conservado en el expediente personal correspondiente a José Ramón Mérida, dentro del archivo del Museo Arqueológico Nacional.

³⁸ «El Noticiero de Soria» recogió el nombramiento de Mérida el 14 de marzo de 1916. Y tres días más tarde lo hizo «El Norte» de Gerona, recogiendo la impresión de que «pocos nombramientos habrán causado tan excelente impresión en el mundo del Arte, y particularmente entre los que al estudio del Arte (...) Si otros méritos no poseyera su labor de más de 15 de años como director del Museo de Reproducciones sería bastante para que sin vacilaciones sara que sin vacilaciones se le designase para ocupar la vacante, que al jubilarse, produjo el Señor Amador de los Ríos (...) Además de académico de la de San Fernando, es el señor Mérida un escritor eruditísimo y una de las personalidades más ilustres del docto cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios».

³⁹ Carta fechada el 14 de marzo de 1916, en Cáceres. Se conserva en el expediente personal de Mérida, dentro del archivo del Museo Arqueológico Nacional.

a la dirección del Museo Arqueológico Nacional. Uno de ellos, Francisco Álvarez-Ossorio, conocía de sobra sus aptitudes en labores de inventario y catalogación ya que había compartido con él horas de trabajo desde que Mélida fuera nombrado jefe de la sección primera del Museo en 1884. De hecho, con Álvarez-Ossorio preparó Mélida el catálogo sistemático de la colección prehistórica, que estaba destinado al catálogo general y abreviado del Museo. Incluso, habían publicado conjuntamente los aumentos de las colecciones desde la celebración de las exposiciones históricas celebradas en España en 1892 en un artículo publicado en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos». Su estrecha colaboración en el plano profesional se vió reforzada años más tarde –entre 1904 y 1905– cuando acometieron de forma conjunta la labor de separar las piezas auténticas de las falsas procedentes del Cerro de los Santos (Barril, 2003-2005: 243). Por entonces, Álvarez-Ossorio era ya jefe de la sección primera del Museo Arqueológico Nacional.

Otro de los miembros del Cuerpo Facultativo que participó en la elección fue Narciso Sentenach, con quien coincidió Mélida en el consejo de redacción de la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos» durante las dos primeras décadas del siglo xx. Además, Sentenach formaba parte de aquel grupo de historiadores comprometidos con el progreso de las ciencias históricas en España. Ésto le convertía en un hombre de letras cuyos objetivos eran comunes a los del propio Mélida, y cuya amistad se remontaba a su participación en las lecciones del Ateneo y en la «Sociedad de Excursionistas de Madrid» en los últimos veinte años del xix. Otra prueba evidente de la cercana relación personal y profesional que existía entre ambos es la recepción pública de Sentenach en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el 13 de octubre de 1907, ocho años después que Mélida. En el referido acto, el arqueólogo madrileño pronunció un discurso en honor de su amigo Sentenach. Otro centro de formación común a ambos fue el Museo Arqueológico Nacional, donde Sentenach llegó a ocupar el cargo de jefe de la sección americana.

Ramón Revilla también formaba parte de la Junta Facultativa que favoreció la designación de Mélida como director y desempeñaba entonces el cargo de conservador del Museo Arqueológico Nacional. Por otra parte, Manuel Pérez Villamil (Pasamar y Peiró, 2002: 487) había compartido con Mélida las sesiones académicas en la Real Academia de la Historia, al tomar posesión en 1907, un año más tarde que el propio Mélida. Ignacio Calvo era otro ilustre alcarreño, como Juan Catalina García, con formación sacerdotal. Había tomado en 1901 posesión de su nuevo cargo de Conservador de la sección de Numismática del Museo Arqueológico Nacional en Madrid, ganado por oposición, e impartía clases de árabe en la Universidad Central. Le unía también a Mélida su participación en excavaciones arqueológicas en la provincia de Soria, como Tiermes, Uxama y Clunia. Julio Amador de los Ríos e Ignacio Olavide completaban la Junta Facultativa.

A raíz del nombramiento de Mélida, quedó vacante la plaza de director del Museo de Reproducciones Artísticas, que fue cubierta al ser designado nuevo director Rodrigo Amador de los Ríos y Fernández Villalta por orden de Su Majestad el Rey Alfonso XIII⁴⁰. Dos oficios,

⁴⁰ Según un oficio del Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y de Bellas Artes, fechado el 9 de marzo de 1916. Cinco días antes (el 4 de marzo de 1916) Rodrigo Amador de los Ríos había dejado de ser director del Museo Arqueológico Nacional por jubilación. En el Museo de Reproducciones Artísticas, fue sustituido como director por Narciso Sentenach el 29 de abril de 1917.

uno⁴¹ firmado por el subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes el 4 de marzo de 1916; y otro⁴² enviado por éste al jefe superior del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos regulaban el nombramiento. Sin embargo, apenas pudo disfrutar de esta designación ya que Rodrigo Amador de los Ríos fallecería el 3 de mayo de 1917. Otro oficio, fechado en 28 de junio de 1916 y firmado también por el subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes –en su sección de Archivos, Bibliotecas y Museos– establecía que Casto María del Rivero y Sáinz de Baranda⁴³, que entonces prestaba sus servicios en el Museo de Reproducciones Artísticas, pasara a continuarlos en el Museo Arqueológico Nacional.

A pocos meses de cumplir sesenta años, Mérida acumulaba ya una considerable experiencia y se encontraba en un momento de plena madurez. Sus principales compromisos profesionales eran, en su faceta de arqueólogo de campo: las excavaciones de la ciudad de Mérida y las llevadas a cabo en la ciudad celtíbero-romana de Numancia; además, desempeñaba el cargo de Anticuario de la Real Academia de la Historia, el de catedrático de Arqueología de la Universidad Central y el recién estrenado de director del Museo Arqueológico Nacional. Puede decirse que la trayectoria profesional de José Ramón Mérida había marcado el paso hacia un modelo administrativo y profesionalizado, que se había ido distanciando del diletantismo que caracterizó las décadas precedentes (Olmo Enciso, 1991). Hasta ese momento, ningún arqueólogo había sido capaz de ocupar los cargos más representativos del panorama arqueológico nacional. Mérida sí lo hizo y lo consiguió gracias a la perseverancia de un encomiable trabajo tanto de arqueólogo de gabinete como de arqueólogo de campo. Su *currículum* le granjeó merecida reputación y desde los cambios orquestados en el organigrama ministerial a principios del xx, le sirvió para cubrir sus puestos con el inestimable aval de su experiencia y nivel adquiridos. Además, sus contactos con colegas europeos (especialmente franceses) le proporcionaron una visión panorámica de la arqueología y museología de entonces, gracias a fructíferas relaciones epistolares con personajes de peso como Pierre Paris, Edmund Pottier o Arthur Engel (Casado Rigalt, 2008: 321-326).

Las primeras decisiones y proyectos concebidos por Mérida al frente del Museo Arqueológico Nacional se resumen fielmente en una carta que éste envió a su amigo Jorge Bonsor el 9 de abril de 1916. Es decir, apenas un mes después de ser nombrado director:

«Mi querido amigo: Mucho agradezco su afectiva felicitación por mi nombramiento de director del Museo Arqueológico Nacional (...). Voy a hacer instalaciones especiales de nuestras antigüedades anterromanas, cuyas colecciones van aumentando con el donativo Cerralbo y el que acaba de hacernos, muy precioso, D. Horacio Sandars.(...) Vives ha llenado una sala con la rica e interesantísima colección que recogió en sus excavaciones de Ibiza y que ha depositado en el Museo (...) José Ramón Mérida» (Maier, 1999: 115-116).

⁴¹ Conservado en el expediente personal de Mérida, dentro del archivo del Museo Arqueológico Nacional.

⁴² Conservado en el expediente personal de Mérida, dentro del archivo del Museo Arqueológico Nacional.

⁴³ Gracias a varias cartas que Mérida dirigió al Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, sabemos que cuando el madrileño se desplazaba a Mérida con el fin de inspeccionar las excavaciones o a otro punto de Extremadura para realizar la catalogación de los monumentos artísticos e históricos, sus ausencias eran cubiertas por Casto María del Rivero. Un ejemplo lo tenemos en una carta fechada en Madrid el 17 de octubre de 1914.

En la misma misiva lamentaba que Bonsor se encontrara a tanta distancia de Madrid: «¡Lástima que no haya duplicados de los marfiles fenicios y de las interesantes cerámicas por V. descubiertas, para completar nuestras colecciones! Si estuviera V. más cerca de Madrid le propondría que hiciese V. en el Museo una exposición temporal de sus preciosos hallazgos» (Maier, 1999: 116). En el momento de escribir esta carta ya era Mélida director del Museo Arqueológico Nacional y empezaba a vislumbrar la posibilidad de exponer piezas que consideraba de interés y actualidad arqueológica, tratando de imprimir así un nuevo aire de dinamismo al Museo como centro cultural activo. Las intenciones de Mélida representaban la proyección de aquellos principios en los que había sido educado, tanto por su formación académica como por las influencias foráneas que hicieron de él un humanista permeable al paradigma cientifista y al positivismo crítico-racionalista.

Para conocer la gestión de José Ramón Mélida al frente del Museo Arqueológico Nacional conviene citar su iniciativa a la hora de editar y redactar una *Nueva guía histórica y descriptiva del Museo* –en el que se abordaban los criterios de clasificación de los fondos– en 1917 (Barril, 2003-2005: 246); y resulta imprescindible calibrar su política de adquisiciones y donaciones. En el capítulo de las donaciones y adquisiciones (apéndice III), dio cuenta de un buen número de ellas, cuya documentación entre 1916 y 1926 se conserva en el Archivo General de la Administración Civil de Alcalá de Henares⁴⁴. Desde el punto de vista de la organización y exposición de las piezas, cabe señalar que estaban organizadas en cuatro salas: Protohistoria y Edad Antigua; Edades Media y Moderna; Numismática y Dactilografía; y Etnografía. Es decir, seguía imperando un criterio impreciso que mezclaba cronología con disciplinas. En el plano arquitectónico y estructural interno, Mélida acometió una reinstalación moderada con suelos entarimados en algunas salas y compró grandes vitrinas diáfanas que compensaban la falta de luz natural (Bolaños, 1997: 332-333). Su dimisión del cargo se produjo el 3 de junio de 1930: tal como reza *La Gazeta* del 3 de junio de 1930. El Museoabría todos los días laborables de 10 de la mañana a 4 de la tarde, en invierno; y de 7 a 1 de la mañana, en verano. La entrada era pública y gratuita.

⁴⁴ Véanse las signaturas 31/6960, 31/6720 (legajo 6570), 31/6723 (legajo 6572) relativas al Museo Arqueológico Nacional.

Bibliografía

- ALMAGRO GORBEA, M., y MAIER, J. (1999): «El futuro desde el pasado: la Real Academia de la Historia y el origen y funciones del Museo Arqueológico Nacional». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CXCVI, cuaderno II: 183-207.
- ALMELA BOIX, M. A. (1991): «La aportación de José Ramón Mélida a la consolidación de la Arqueología como disciplina científica», en Arce, J., y Olmos, R. (coords.): *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*. (Madrid, 1988): 131-134. Madrid.
- (2004): «José Ramón Mélida Alinari», en Ayarzagüena Sanz, M., y Mora Rodríguez, G. (coords.): *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912*. (Madrid, 2004): 261-268. Museo Arqueológico Regional de Alcalá de Henares.
- ÁLVAREZ-OSSORIO, F. de P. (1910 a): *Una visita al Museo Arqueológico Nacional*. Imprenta Artística Española San Roque. Madrid.
- (1910 b): *Vasos griegos, etruscos e italo-griegos que se conservan en el Museo Arqueológico Nacional*. Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos. Madrid.
- BALIL ILLANA, A. (1991): «Basilio Sebastián Castellanos, un arqueólogo español en la encrucijada de dos mundos», en Arce, J., y Olmos, R. (coords.): *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*. (Madrid, 1988): 57-58. Madrid.
- BARRIL, M. (2003-2005): «El departamento de Protohistoria y colonización del Museo Arqueológico Nacional y su relación con el concepto «prerromano», *Archaia*, 3-4-5: 240-256.
- BLECH, M. (2002): «La aportación de los arqueólogos alemanes a la arqueología española», en Quero Castro, S., y Pérez Navarro, A. (coords.): *Historiografía de la arqueología española. Las instituciones*. (Madrid, 2002): 83-118. Museo de San Isidro. Madrid.
- BOLAÑOS, M. (1997): *Historia de los museos en España*. Ediciones Trea. Gijón.
- CARO BAROJA, J. (1992): *Las falsificaciones de la Historia (en relación con las de España)*. Editorial Seix Barral. Barcelona.
- CASADO RIGALT, D. (2006): *José Ramón Mélida y la arqueología española*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- (2008): «Arqueólogos e hispanistas franceses a través del archivo familiar de José Ramón Mélida», en Mora, G.; Papí, C., y Ayarzagüena, M. (eds.): *Documentos inéditos para la Historia de la Arqueología. Memorias de la Sociedad Española de Historia de la Arqueología (I)*. (Madrid, 2007): 319-329. Madrid.
- (2010): «La arqueología numantina entre 1906 y 1923: José Ramón Mélida». *Celtiberia*, 104: 335-388.
- CASTAÑEDA, V. (1934): «El Excmo. Sr. D. José Ramón Mélida (necrología)». *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 104: 4-12.
- CASTELLANOS DE LOSADA, B. S. (1847): *Catálogo del Museo de Antigüedades de la Biblioteca Nacional de Madrid*. Imprenta de Sánchiz. Madrid.
- CHAPA BRUNET, T. (1985): *La escultura ibérica zoomorfa*. Ministerio de Cultura. Madrid.
- CHICHARRO, E. (1934): «Dedicatoria». *Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos*, 1: VII-VIII.
- CHINCHILLA, M. (1993 a): «Viaje a Oriente de la fragata Arapiles», en Marcos Pous, A. (coord.): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*. (Madrid, 1993): 286-299. Madrid.
- (1993 b): «Colección Miró», en Marcos Pous, A. (coord.): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*. (Madrid, 1993): 341-346. Madrid.

- (1993 c): «Colección del Marqués de Salamanca», en Marcos Pous, A. (coord.): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*, (Madrid, 1993): 346-361. Madrid.
- DÍAZ-ANDREU, M. (1997): «Nación e internacionalización. La Arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo xx». *II Congreso de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)* (Málaga, 1995): 403-416.
- DÍAZ-ANDREU, M.; MORA RODRÍGUEZ, G., y CORTADELLA MORRAL, J. (2009): *Diccionario histórico de la Arqueología en España: siglos XV-XX*. Espasa Calpe. Madrid.
- (1929): *Enciclopedia Universal Ilustrada europeo-americana*. Madrid-Barcelona.
- FERRÁ, B. (1895): «Hallazgos arqueológicos en Costig», *Boletín de la Sociedad Arqueológica Luliana*, VI: 85-89.
- GIMENO PASCUAL, H. (1997): «Dejemos a los siglos ver siempre ruinas». La imaginación histórica en el discurso a los emeritenses pronunciado por el presidente de la Subcomisión de Monumentos de Mérida el 15 de abril de 1868, en Mora, G., y Díaz-Andreu, M. (eds.): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España, II Congreso de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*. (Málaga, 1995): 265-272.
- (2001): «Las colecciones epigráficas», en VV.AA: *Tesoros de la Real Academia de la Historia*, Real Academia de la Historia, Patrimonio Nacional. (Madrid, 2001): 93-98.
- GAYA NUÑO, J. A. (1968): *Historia y guía de los museos de España*. Espasa Calpe. Madrid.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ, C. (1993): «Colección Asensio», en Marcos Pous, A. (coord.): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*. (Madrid, 1993): 362-367. Madrid.
- GRAN AYMERICH, E. (2001): *El nacimiento de la arqueología moderna (1798-1945)*. Pressas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza
- HERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, F., y FRUTOS GONZÁLEZ, E. de (1997): «Arqueología y museología: la génesis de los museos arqueológicos». *II Congreso de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*. (Málaga, 1995): 141-148.
- HÜBNER, E. (1862): *Die Antiken Bildwerke in Madrid*. Georg Reimer. Berlín.
- (1888): *La Arqueología de España*. Sucesores de Ramírez y C.^a. Barcelona.
- LAVÍN BERDONCES, A. C. (1997): «Basilio Sebastián Castellanos de Losada», *Revista de Arqueología*, 189: 50-55.
- (2004): «Basilio Sebastián Castellanos de Losada», en Ayarzagüena Sanz, M., y Mora Rodríguez, G. (coords.): *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912*. (Madrid, 2004): 245-252. Museo Arqueológico Regional de Alcalá de Henares.
- LÓPEZ TRUJILLO, M. A. (2004): «Las Comisiones Provinciales de Monumentos, Quijotes del pasado», en Ayarzagüena Sanz, M., y Mora Rodríguez, G. (coords.): *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912*. (Madrid, 2004): 363-369. Museo Arqueológico Regional de Alcalá de Henares.
- MAIER, J. (1999): *Epistolario de Jorge Bonsor (1886-1930)*. Real Academia de la Historia. Madrid.
- MAIER ALLENDE, J. (2004): «Juan Cabré y su entorno científico e intelectual», en Blánquez Pérez, J., y Rodríguez Nuere, B. (eds.): *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. (Madrid, Instituto de Patrimonio Histórico Español, Universidad Autónoma de Madrid y Museo de San Isidro, 2004): 71-87. Madrid.
- MARCHAND, S. L. (1996): *Down from Olympus. Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970*. Princeton University Press. Princetown.
- MARCOS POUS, A. (coord.) (1993): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*. Ministerio de Cultura. Madrid.

- MARTÍN TORRES, M. T. (2002): *Historia de la documentación museológica: la gestión de la memoria artística*. Ediciones Trea. Gijón.
- MASCARÓ PASARIUS, J. (1989): «Els caps de toro de Costitx». *Gran Enciclopedia de Mallorca*. Vol. IV. Palma de Mallorca.
- MÉLIDA ALINARI, J. R. (1882): *Sobre los vasos griegos, etruscos e italo-griegos del Museo Arqueológico Nacional*. Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa. Madrid.
- (1884 a): *Sobre las esculturas de barro cocido, griegas, etruscas y romanas del Museo Arqueológico Nacional*, Sucesores de Rivadeneyra, impresores de la Real Casa. Madrid
- (1884 b): «La biblioteca y museos nacionales (ilusiones de un arqueólogo)», *La Época. Hoja literaria de los lunes*, 29 de septiembre de 1884.
- (1885): «La Arqueología: antecedentes históricos. Concepto de la ciencia. Método para su estudio», *Revista de España*, 106-107: 520-540; 60-76, 202-222.
- (1887): «Los bronce desaparecidos del Museo Arqueológico Nacional», *Ilustración Española y Americana*, XXXV: 167.
- (1888 a): «Las artes retrospectivas de la Exposición Universal de Barcelona», *Ilustración Española y Americana*, XLIII-XV: 299-302, 339-342.
- (1888 b): «Las artes retrospectivas en la Exposición Universal de Barcelona», *Ilustración Española y Americana*, VI, VII, VIII: 99-101, 115-118, 127-130.
- (1889): «Crítica arqueológica y artística», *Ilustración Española y Americana*, XXXV: 171-173.
- (1894): «La Real Armería, historia de la colección», *Ilustración Española y Americana*, II: 265-268.
- (1895 a): «El Museo Arqueológico Nacional en su casa vieja». *La España Moderna*, LXXVIII: 84-96.
- (1895 b): «La reapertura del Museo Arqueológico Nacional». *La Ilustración Española y Americana*, 26: 22-23.
- (1895 c): «El Museo Arqueológico Nacional en el Palacio Nuevo», *La España Moderna*, LXXX: 38-51.
- (1895 d): «La copa de Ayson. Vaso griego del Museo Arqueológico Nacional», *Historia y Arte*, 1-2: 32-36.
- (1895 e): «La cabeza de Séneca. Bronce del Museo Arqueológico Nacional», *Historia y Arte*, 1-8: 149-151.
- (1896 a): «Extérieur -Bulletin Archéologique d'Espagne», *Revue des Universités du Midi*: 105-118.
- (1896 b): «Vasos griegos, etruscos e italo-griegos en Madrid», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, I: 110-113.
- (1897): «Leyes hispano-romanas grabadas en bronce», *La España Moderna*, CV: 76-92.
- (1906): *Iberia Arqueológica ante-romana* (discurso de Mérida en la recepción pública de Real Academia de la Historia). Viuda e Hijos de Tello (Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia de la Historia). Madrid.
- MENA MUÑOZ, P., y MÉNDEZ MADARIAGA, A. (2002): «Las instituciones arqueológicas madrileñas», en Quero Castro, S., y Pérez Navarro, A. (coords.): *Historiografía de la arqueología española. Las instituciones*. (Madrid, 2002): 187-221. Museo de San Isidro. Madrid.
- MERINO SANTISTEBAN, J. (1997): «Arqueología y conservación del patrimonio histórico en la Mallorca de la Restauración», en Mora, G.; y Díaz-Andreu, M. (eds.): *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España, II Congreso de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*. (Málaga, 1995): 369-379. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Málaga.
- MORALES, A. J. (1996): «Patrimonio histórico-artístico. Conservación de bienes culturales». *Historia 16*. Madrid.
- OLMO ENCISO, L. (1991): «Ideología y arqueología: los estudios sobre el período visigodo en la primera mitad del siglo XX», en Arce, J & Olmos, R. (coords.): *I Congreso de Historiografía*

- de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (Siglos XVIII-XX)*. (Madrid, 1989): 157-160. Madrid.
- OLMOS ROMERA, R. (1980): *Catálogo de los vasos griegos en el Museo Arqueológico Nacional*, (volumen I). Ministerio de Cultura. Madrid.
- OLMOS ROMERA, R. (Coord.) (1992): *Coloquio sobre Teseo y la copa de Aison*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid.
- PAPÍ RODES, C. (2004 a): «Juan de Dios de la Rada y Delgado», en Ayarzagüena Sanz, M., y Mora Rodríguez, G. (coords.): *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912* (Madrid, 2004): 253-260. Museo Arqueológico Regional de Alcalá de Henares.
- (2004 b): «La creación del Museo Arqueológico Nacional: el Casino de la Reina, sus facultativos y sus fondos», en Ayarzagüena Sanz, M., y Mora Rodríguez, G. (coords.): *Pioneros de la Arqueología en España del siglo XVI a 1912*. (Madrid, 2004): 389-398. Museo Arqueológico Regional de Alcalá de Henares.
- PARÍS, P. (1903): *Essai sur l'art et l'industrie de l'Espagne primitive*. Ernest Leroux Editeur. París.
- PASAMAR ALZURIA, G., y PEIRÓ, I. (1987): *Historiografía y práctica social en España*. Universidad de Zaragoza. Zaragoza.
- (1991): «Los orígenes de la profesionalización historiográfica española sobre Prehistoria y Antigüedad (tradiciones decimonónicas e influencias europeas)», en Arce, J., y Olmos, R. (coords.): *I Congreso de Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX)*. (Madrid, 1989): 73-77. Madrid.
- (2002): *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos (1840-1980)*. Ediciones Akal. Madrid.
- PEIRÓ MARTÍN, I. (1995): *Los guardianes de la Historia*. Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- PÉREZ DÍE, M. C. (1993): «Colección de Juan Víctor Abargues», en Marcos Pous, A. (coord.): *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia. Museo Arqueológico Nacional*. (Madrid, 1993): 368-369. Madrid.
- PESET REIG, M. (2003): «Eduardo Hinojosa y Naveros», en Peiró Martín, I. (dir.): *Colección historiadores (catálogo general)*. (Pamplona, 2003): 18-19. Urgoiti Editores. Pamplona.
- RADA Y DELGADO, J. de D. (1876): *Memoria histórico-descriptiva del Museo Arqueológico Nacional*. Madrid.
- (1882): *Catálogo del Museo Arqueológico Nacional. Sección Primera*. Madrid.
- RADA Y DELGADO, J. de D., y MALIBRÁN, J. de (1871): *Memoria que presentan al Excmo. Sr. Ministro de Fomento, dando cuenta de los trabajos practicados y adquisiciones hechas para el Museo Arqueológico Nacional, cumpliendo con la comisión que para ello les fue conferida*. Imprenta del Colegio Nacional de sordo-mudos y de ciegos. Madrid.
- RIVIÉRE GÓMEZ, A. (1997): «Arqueólogos y Arqueología en el proceso de construcción del Estado-nacional español (1834-1868)», en Mora, G., y Díaz-Andreu, M. (eds.): *II Congreso de Historiografía de la Arqueología en España (siglos XVIII-XX)*. (Málaga, 1995): 133-139.
- RUIZ, A.; BELLÓN, J. P., y SÁNCHEZ, A. (2002): «The History of Iberian Archaeology: one Archaeology for two Spains», *Antiquity*, 76: 184-190.
- TORTOSA, T., y MORA, G. (1996): «La actuación de la Real Academia de la Historia sobre el patrimonio arqueológico: ruinas y antigüedades», *Archivo Español de Arqueología*, 69: 199.
- VILLACORTA BAÑOS, F. (1993): *Culturas y mentalidades en el siglo XIX*. Síntesis. Madrid.
- VILLAMIL Y CASTRO, J. (1876): «La cabeza de Séneca. Escultura en bronce que se conserva en el Museo Arqueológico Nacional», *Museo Español de Antigüedades*, VII: 433-440.

- VV. AA. (1988): *Exposició Universal de Barcelona: Libro del Centenario 1888-1988*. L' Avenç. Barcelona.
- VV. AA. (1996): *An Encyclopedia of the History of Classical Archaeology*. Fitzroy Dearborn Publishers. Londres-Chicago.
- WULFE, F. (2003): *Las esencias patrias. Historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*. Editorial Crítica. Barcelona.